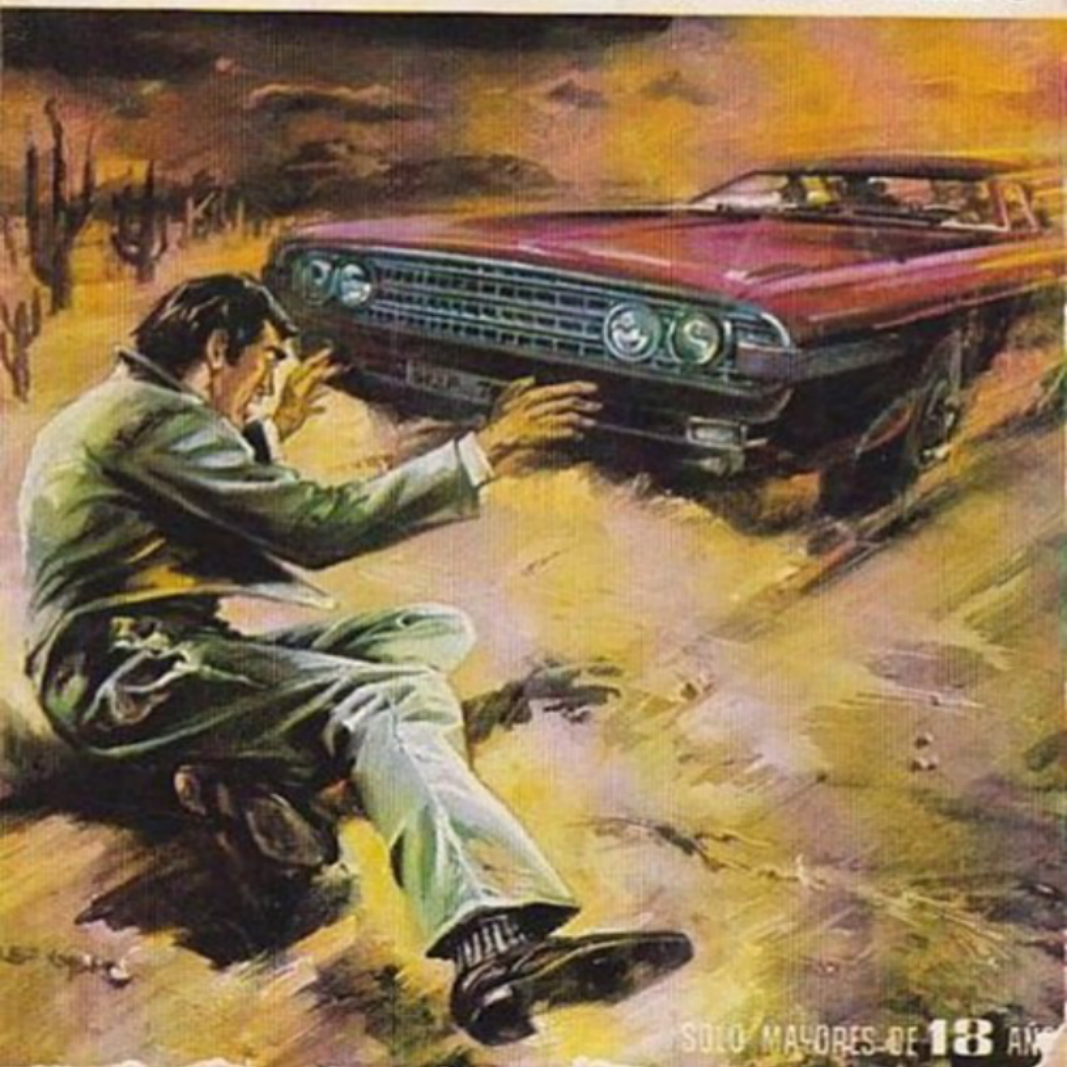




VIA CRUCIS

Kelltom McIntire



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

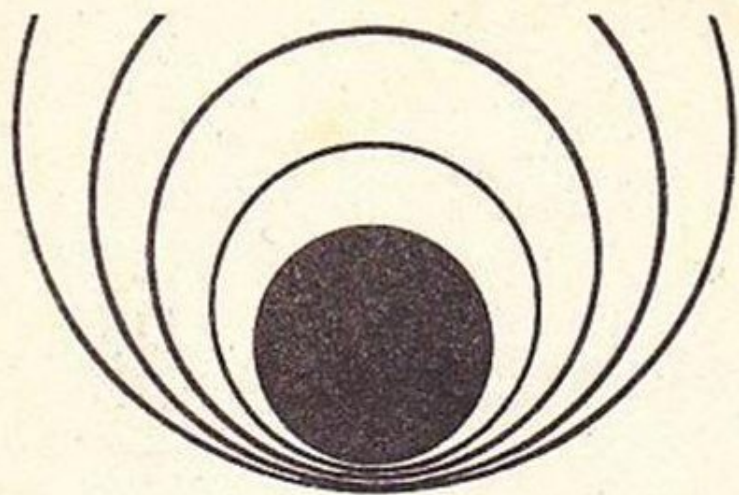
VIA CRUCIS

KELLTOM MCINTIRE

Colección
PUNTO ROJO n.º 1.060
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

1.053 — Doctor Estricnina.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.612 — Pregunten a Johnny Almeida.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867 — El largo camino hasta Albuquerque.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 23.157 1982

Impreso en España Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1982

2ª edición en América: febrero, 1983

© Kelltom McIntire —1982 texto

©García-1982 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

LA carretera se extendía, interminable, a través del desierto.

Jim bostezaba de cuando en cuando, pues la monotonía le aburría soberanamente. El paisaje era desolado, estéril, apenas salpicado por la enhiesta silueta de un saguaro y otros tipos de cactus. De vez en cuando se divisaba en lontananza uno de aquellos altos farallones de basalto y piedra arenisca.

Había nubes en forma de estratos en el horizonte. Curiosamente, los bordes de aquellas nubes tenían el color brillante del cabello rubio de Joyce, su esposa.

Joyce. ¡La amaba tanto!

A veces, Jim sentía celos. Incluso de Bob McKelltom, su socio, el hombre rudo y moreno que conducía el potente cuatro litros. Porque era cierto: Jim Faselli había conseguido, por fin, su sueño de poseer semejante cochazo.

Sin embargo, la mala suerte le había acechado al final de aquel viaje de negocios que ambos socios emprendieran una semana antes.

En Richardville, su socio le había desafiado a montar un salvaje potro sin domar. El resultado estaba en la vista: Jim había resultado con la pierna y el brazo derechos fracturados.

El accidente no había revestido más consecuencias que la incómoda escayola y un par de meses de inmovilidad y, por tanto, de inactividad. Tendría que descansar durante sesenta días. Después visitaría al traumatólogo y, si éste juzgaba que podía hacer vida normal, le quitarían las escayolas y volvería al taller de cerrajería metálica que ambos, Bob y él, dirigían en Robertdale.

Todavía no había avisado a Joyce del accidente. Ahora Jim pensaba que su deber era telefonear cuanto antes a su esposa. ¿Cuál sería su reacción al verle convertido en un in— válido, aunque de forma eventual? Tal vez sufriría un ataque de histeria, pues Joyce era una mujer de veinticinco años, muy nerviosa, un tanto inestable, a fa que había que cuidar y mimar.

—¿Quieres encenderme un cigarrillo, Bob? —pidió a su compañero.

Había un fruncimiento tenaz en las facciones viriles, pero rudas, de su socio.

Como parecía profundamente abstraído, Jim hubo de repetir su

ruego. Al fin, Bob giró la cabeza bruscamente, permaneció un momento abstraído y gruñó:

—¿Un cigarrillo? Está bien.

Tomó el paquete de Lucky extralargo y sin filtro de la guantera, sacó uno, se lo puso en los labios y se palpó un tanto nervioso, los bolsillos.

—He debido perder el mío: déjame tu mechero —demandó con cierta rudeza que no venía a cuento.

Pero Bob era así: elemental, directo, casi salvaje. Esa era la palabra: salvaje.

Jim introdujo los dedos de su intacta mano izquierda en el bolsillo de su camisa, veraniega, sacó el encendedor y se lo tendió a su socio, el cual lo encendió, aspiró con fuerza el humo, dio varias profundas chupadas y finalmente le tendió el cigarrillo humeante.

También Jim fumó, aunque apaciblemente. Y tornó a mirar el árido paisaje.

A simple vista, se diría que el desierto carecía de vida. Pero Jim Faselli había ido a la Universidad y sabía qué la vida existe incluso en los lugares más insospechados.

En los desiertos también había vida, aunque oculta. Estaban los coyotes, que cavaban profundas madrigueras durante el día para protegerse del ardiente sol y salían al anochecer para depredar a sus pequeñas víctimas. Estaban también las serpientes de cascabel, peligrosísimas. E incluso aquellos lagartos cuya mordedura era ponzoñosa. Verdaderamente, la vida pululaba a su alrededor en la inconmensurable extensión del desierto, pero los ojos de Jim Faselli no podían captar el menor movimiento vital.

Volvió a mirar de reojo a su socio.

¿Por qué mantiene apretadas las mandíbulas, por qué esa obstinada manera de conducir sin pestañear? —se preguntó.

Porque ésa no era la forma natural de conducta de Bob McKelltom. Por lo regular, su socio era un hombre extrovertido, que solía charlar de lo divino y de lo humano.

En otros viajes largos, Bob no había parado de hablar. Cuando no hacía planes para ampliar el negocio —suficiente para ambos a aquellas alturas—, solía alardear de sus con— quistas femeninas.

Porque Bob era soltero, a pesar de sus treinta y dos años y de su éxito con las mujeres. O quizá gracias a ello —se dijo Jim, filosóficamente.

En Richardville, ambos socios habían cenado en un caro restaurante y más tarde, Bob se empeñó en buscar compañía femenina agradable.

Jim no era muy partidario de las aventuras extraconyugales. Quería profundamente a Joyce, estaba enamorado hasta la médula de aquella delicada muchachita rubia y le disgustaba ser infiel.

Si acompañó a su socio aquella noche fue porque conocía a Bob y temía que se agarrase una cogorza de mucho cuidado, con el resultado de que a la mañana siguiente sufriría una espantosa resaca, se negaría a abandonar la cama del hotel y perderían toda una jornada estúpidamente.

En realidad, nunca debió acompañarle al Virgin Garden.

Bonito nombre —pensó Jim ahora, mientras Bob conducía el coche a más de ciento cincuenta kilómetros por hora—. Bonito nombre para un lugar adonde sólo acuden zorras perfumadas con Chanel número cinco.

Pero las cosas habían sucedido así. Bob dijo:

—Tú tienes una hermosa mujer que te da todas las satisfacciones, pero yo soy soltero y necesito también cierta clase de desahogos. ¿O no?

Estuvieron en Virgin Garden. Por fortuna, Bob bebió moderadamente: apenas media docena de whiskies, cuando su «ración» normal superaba con mucho la docena. No bebía el whisky con agua o en combinación: siempre con un cubito de hielo.

Vio a unas muchachas en la barra y se levantó. Volvió poco después con las dos beldades a tanto la hora.

—Esta es Laury, esta otra Lizzie —presentó—. Mi socio, Jim.

No mencionó el apellido de su socio. Sólo dijo: Jim. Y lo hizo como si el socio principal fuera él y Jim sólo hiciese el papel de comparsa. Así era Bob McKelltom.

Invitó a las muchachas varias veces, pero quien pagó la cuenta fue Jim, pues a la hora de la verdad, Bob se hizo el desentendido.

Indudablemente, poseía atractivo para las mujeres.

A pesar de su aspecto rudo, a pesar de su rostro vulgar, a pesar de sus rasgos brutales, a pesar incluso de sus rudos modales y de su calvicie incipiente que dejaba casi despoblada la parte superior de su frente, eternamente fruncida en gruesas arrugas.

Decididamente, Bob triunfó aquella noche. Las dos jóvenes, una rubia otra morena, se dedicaron exclusivamente a él, quizá porque Jim tampoco demostró gran interés por obtener éxito con aquellas mujeres que se vendían por algunos dólares.

En un momento dado, la rubia Laury besó a Bob en la boca y dijo apasionadamente:

—Me gustas una barbaridad, Bob.

El rió, complacido, hinchó el robusto tórax y preguntó con énfasis:

—¿Por qué, nena?

Laury quedó desorientada.

—Pues... no lo sé. Aunque sí, ahora creó que lo sé: me gustas porque tienes algo de primitivo, de hombre de las cavernas, de toro salvaje.

Salvaje: ésa era la palabra.

Todo lo hacía instintivamente, en un impulso incontrolado,

primitivo.

Cuando iba por el sexto whisky, Bob se puso en pie, tomó a las dos chicas por la cintura y se las llevó a algún lugar ignorado.

Volvió al cabo de media hora, con el rostro enrojecido. Jadeaba. Parecía de un humor endiablado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jim plácidamente.

—Putas de mierda, eso es lo que son. Mientras estaba en la cama con una, la otra trató de robarme la cartera. Tuve que saltar de la cama desnudo, salir al pasillo y alcanzarla a duras penas cuando se escapaba. Pero no te preocupes: lleva lo suyo en su cuerpo. Esa no se olvidará de Bob McKelltom mientras viva.

Jim se sintió asqueado.

Le hubiera gustado preguntar a su socio por qué alardeaba tanto si luego un par de putillas espabiladas eran capaces de ponerle en un aprieto.

Pero no dijo nada. Es decir, sí. Dijo:

—Vámonos. Mañana tenemos que volver a casa. Bob accedió de mala gana.

En otra ocasión cualquiera, se hubiera empeñado en seguir tomando un whisky tras otro hasta derrumbarse, pero aquella noche se sentía demasiado ofendido y humillado como para soportar la presencia próxima de nadie.

Jim pagó la cuenta y abandonaron el Jardín de la Virgen. En cuanto llegaron al hotel, Bob se metió en su habitación sin murmurar un saludo. Por tanto, Jim hizo lo mismo, se acostó y durmió apaciblemente hasta las ocho de la mañana.

Al día siguiente, su socio era un hombre desconocido. Parecía haber olvidado por completo lo sucedido la noche anterior y parecía estar impregnado de un humor envidiable.

Pagada la cuenta del hotel, cargaron las maletas en el Jaguar de Jim Faselli y se dispusieron a emprender el retorno a Robertdale, ciudad distante unos trescientos kilómetros al norte.

Pero a Bob se le encendieron los ojos cuando vio en las calles la larga pancarta de algodón que anunciaba el Second Memorial John Ford, un rodeo en honor del cineasta del Oeste americano.

—Ah, no, no; no podemos irnos todavía. Tenemos que echar una ojeada a la fiesta —se empeñó su socio.

Jim anhelaba regresar cuanto antes a Robertdale para darle a Joyce la buena noticia: finalmente habían firmado el contrato con el Country Club de Richardville. El contrato importaba casi dos millones de dólares. La obra consistía en realizar unos cerramientos a base de aluminio anodizado y cristal doble y los beneficios vendrían a ser casi del cien por cien. Es decir, que cada uno de los socios se embolsaría unos

cuatrocientos mil dólares limpios de ganancia. El trabajo no era muy complicado y sólo requería la intervención de diez obreros. Todos los datos técnicos estaban realizados y acordados y la obra se llevarla a cabo en el plazo de un mes.

Jim se sentía muy satisfecho de este éxito, cuya iniciativa había partido de él, como casi siempre. Bob era más bien un capataz que un verdadero técnico. Eso, sí: poseía un vigor incansable y una voluntad a prueba de contratiempos.

Por tanto, trató de convencer a Bob de que lo más razonable era emprender el viaje cuanto antes.

—Nos ahorraremos las horas de calor intenso y estaremos en casita antes de mediodía

—arguyó.

Pero su socio le echó un brazo por encima de los hombros y dijo:

—Vamos, vamos, Jim: tú sabes que puedo sacarle a tu coche una media de ciento cincuenta kilómetros por hora. Recuperaremos holgadamente el tiempo que perdamos en el rodeo.

Jim movió la cabeza dubitativo.

—Pero además, querido socio, tú me confesaste en cierta ocasión que tu pasión secreta eran los caballos. Dijiste que tus padres tenían una pequeña granja en los alrededores de Robertdale y que montaste a caballo desde niño. En el Memorial John Ford verás caballos de todos los colores, desde purasangres españoles, hasta trotones y caballos ingleses, ¿por qué no darte ese gusto? —insistió Bob.

Era cierto. Jim sentía pasión por los caballos, fueran de la casta que fuesen. Por desgracia, sus padres hablan muerto a consecuencia de un terremoto cuando él sólo tenía quince años. Se habla visto obligado a trabajar de firme para salir adelante y estudiar la carrera de ingeniero, lo cual le impidió dedicarse a aquella secreta afición.

Bob sabía que tenía casi ganada la partida.

—Incluso podrás montar, si lo deseas. Y yo también lo haré. Luego cogeremos nuestro coche y ¡zas! rectos rumbo a casita. No te preocupes, si te agobia el calor del mediodía, pararemos a descansar a medio camino. Yo conduciré: ya sabes que eso no me cansa.

Finalmente, Jim accedió.

—Está bien, vamos. Pero sólo un rato.

Cruzaron la ciudad y alcanzaron los llanos donde se celebraba el rodeo. En verdad, existía una animación extraordinaria en aquel extenso recinto. Había tantos coches en el aparcamiento, que Bob se vio negro para encontrar un hueco donde aparcar.

Miles de personas bullían por todas partes y los altavoces atronaban los oídos. Había multitud de puestos en los que se expendían empanadas y chiles mexicanos, dulces de mil clases, bebidas refrescantes,

sombreros, baratijas...

Bob se empeñó en comprar un par de baratos sombreros tejanos. Su cabeza era demasiado voluminosa —braquicefálico— para las tallas de que disponía el feriante y esto le irritó un poco aunque finalmente logró encasquetarse entre las sienes uno de aquellos Stetson de veinte dólares. El que compró para Jim, en cambio, le cabía holgadamente hasta las cejas.

A las diez y media de la mañana, flotaba una irrespirable nube de polvo en el ambiente y la temperatura era insoportable. El aire, además, hedía a caballo, a perfumes baratos y a desodorantes axilares.

Sacaron las entradas y subieron a las gradas. Era la hora de la monta de «broncos» o caballos semisalvajes. En aquel momento, un hombre excesivamente grueso subió a un «mustang» en los corrales. En cuanto dieron suelta al animal y el caballo ganó el recinto cerrado, correteó y el gordo salió por encima de las orejas y aterrizó como un saco de patatas sobre la arena.

Los caballistas sujetaron al «mustang» y los sanitarios trajeron una camilla, en la que depositaron al temerario cincuentón. Cuando la camilla pasó a poca distancia de la grada, Jim pudo comprobar que el hombre grueso iba arrojando bocanadas de sangre que manchaba la sábana con la que los sanitarios le habían cubierto.

—Hermoso, ¿no? —comentó Bob. Y dejó escapar una carcajada brutal.

Tenía una botella de cerveza de un litro en la mano y ofreció a su socio, que la aceptó porque sentía la garganta seca, llena del polvo acre que flotaba en el ambiente.

Por los altavoces, un *speaker* de voz gangosa y aflautada repetía incansablemente que cualquier tipo *bragado* podía montar un «bronco» por el módico precio de cincuenta dólares. Naturalmente, no se hacía ninguna alusión al riesgo de romperse unas cuantas costillas y otros huesos aún más importantes. Como es sabido todos los jinetes profesionales terminan con la espina dorsal hecha polvo y, por tanto, convertidos en inválidos.

—Anda, atrévete —dijo Bob de repente.

—¿Qué? —murmuró Jim, distraído en otros pensamientos.

—Que te atrevas. Baja conmigo y montarás un bronco. Allí abajo hay fotógrafos y cámaras de alquiler. Pueden tomar una hermosa película de tu actuación, que después vería Joyce. ¿Te imaginas sus aspavientos, sus grititos, cuando te viera saltando en el aire a la grupa de un potro salvaje? —insistió su socio.

Jim rió sin ganas.

—Ni pensarlo. Tengo veintiocho años, lo que quiere decir que hace catorce que no monto a caballo. Estoy desentrenado incluso para montar

un caballo domado, cuanto más un potro salvaje. Sería una locura.

Bob le miró fijamente a través de aquellos ojos suyos, tan negros como los de un africano.

—Tienes miedo, ¿eh?

—No tengo miedo exactamente. Soy prudente —puntualizó Jim.

—Siempre estás disimulando. Dices que fuiste un buen jinete y no te atreves a aprovechar una ocasión como ésta. Está bien, te daré una lección.

Impulsivamente, McKelltom se incorporó y descendió las gradas.

¿Qué oculto sentimiento empujó entonces a Jim a levantarse, a gritar con todas sus fuerzas?

—¡Espera, Bob! ¡Yo iré primero!

Su socio se detuvo en un peldaño de la grada y sonrió ampliamente.

—Así me gusta, compañero. Que no se diga que los de Robertdale no tenemos redaños. ¡Ven conmigo!

Jim descendió, pero antes de reunirse con Bob apuró calmamente su botella de cerveza, pues sentía una sed intensa y sus fauces, sin embargo, seguían tan secas como un momento antes.

Bob estaba hablando con uno de los caballistas. Gesticulaba, reía, bromeaba... Estaba en su ambiente.

—Yo pagaré el canon. Por los dos —se ofreció un momento después. Y lo hizo.

Jim llenó sus pulmones de aire. No era un hombre tan alto ni tan corpulento como McKelltom, pero sí poseía una constitución atlética y elástica. De modo que si había que pasar por la prueba, la afrontaría sin parpadear.

—Iré a hablar con los cámaras. Voy a pagarle al mejor para que filme toda tu actuación —prometió Bob—. Y ahora baja al corral. El potro te espera.

Jim obedeció. Unos caballistas que pronunciaban obscenidades y reían sin venir a cuento, le alzaron sobre la silla de un nervioso potro retinto.

Luego alguien dio un grito, se abrió la puerta del local y el potro salió disparado como una flecha.

Al principio, Faselli se mantuvo sobre la silla con cierta facilidad. Pero luego la cerveza comenzó a agitarse en su estómago. Además, estaba la mareante multitud multicolor, los gritos, el sudor, el polvo.

Debió sufrir un ligero mareo, pues ni siquiera advirtió que salía despedido de la grupa del animal, describía un arco en el aire y caía de bruces sobre la arena manchada de excrementos de caballos y toros brahma.

Por fortuna para él, el batacazo fue tan fuerte que perdió el conocimiento. Sólo lo recobró dos horas más tarde en el quirófano.

—¿Te han entregado la película? —fue lo primero que preguntó. Pero Bob McKelltom no estaba allí.

—Tranquílcese, señor Faselli —le dijo un joven de rostro afable—. Ya está bien. Le hemos recompuesto la pierna y el brazo derecho. Son fracturas simples y le hemos escayolado ambos miembros. Le entregaremos instrucciones para el traumatólogo de su ciudad.

—¡Dios mío! —murmuró Jim—, ¿Sólo me he roto un brazo y una pierna? El médico sonrió, comprensivo.

—Pudo ser mucho peor, amigo mío. Pudo fracturarse el cráneo. O mejor, pudo fracturárselo el potro.

—¿Qué quiere decir?

—Los auxiliares sanitarios que le trajeron al Country Hospital me contaron lo que había pasado. Deduzco que se rompió el brazo al caer al suelo, pero el potro volvió y machacó su cuerpo con los cascos, con el resultado de la fractura del peroné y la tibia de la pierna derecha. Según el relato que me hicieron, «Red Demon» pudo pulverizarle el cráneo con sus cascos mientras usted permanecía exánime en el suelo.

—¿«Red Demon»?

—El potro que usted montó, señor Faselli. ¿Quién le aconsejó que montase a un animal tan resabiado como ése? —dijo el médico.

Jim no hizo ningún comentario. Unos minutos después le colocaron cuidadosamente sobre una camilla y le llevaron a una habitación del hospital.

Jim abrigaba la esperanza de encontrar a Bob en el pasillo, pero no le vio.

Descansando sobre la cama de su habitación, no experimentaba dolor alguno y se sentía muy cómodo. Pidió una bebida refrescante a una joven enfermera y la tuvo en sus manos —en su mano izquierda exactamente— a los pocos minutos.

—¿Cómo se llama el doctor que me ha atendido?

—Doctor William Terrado —respondió la enfermera.

—Por favor, dígame que quiero hablar con él.

El doctor Terrado vino enseguida. Sacó un cigarrillo, lo puso en los labios del accidentado y se lo encendió amablemente.

Jim le dio las gracias y preguntó:

—¿Quién me trajo aquí?

—Ya se lo he dicho: los auxiliares sanitarios de servicio en el rodeo.

—Pero Bob... Es decir, mi socio, el señor Robert McKelltom ¿no se ha interesado por mí? —preguntó, decepcionado.

—No, que yo sepa. Lo consultaré de todos modos, —respondió el médico. Y salió. Volvió quince minutos después.

—Su socio, el señor McKelltom llamó por teléfono hace diez minutos. Dijo que él corría con todos los gastos del hospital.

—¿Sólo eso?

Terrado dio una chupada a su cigarrillo.

Sólo eso. Pero ¿por qué? Quiero decir, ¿qué le preocupa, señor Faselli? Es usted un hombre afortunado. Pudo morir en la arena del rodeo, pero está vivo y saludable. Además, tiene un amigo que está dispuesto a pagar los gastos originados por el accidente. ¿Qué más puede desear?

Pero a Jim no le importaban los gastos de su hospitalización, sino su amigo Bob McKelltom. ¿Cómo era posible que Bob no hubiera acudido al hospital? Es más: lo lógico sería que Bob hubiera venido con él en la ambulancia que le trajo al Country Hospital, que hubiera saltado a la arena cuando advirtió el accidente, que se hubiera sentido solidario y próximo desde el primer momento.

Un año atrás, Bob se había caído desde una altura de nueve metros cuando inspeccionaba una obra en Nogal Verde. Por fortuna, había caído sobre un montón de escombros, a pesar de lo cual permaneció inconsciente durante ocho largas horas. En cuanto le avisaron, Jim cogió su coche y voló materialmente hacia el lugar del accidente. Como nadie se atrevía a recoger el cuerpo de su socio por temor a que existieran heridas internas u otros traumatismos peligrosos, Jim hizo traer una camilla y con todo cuidado le depositó sobre ella.

Los obreros habían llamado a una ambulancia, pero él no esperó a que llegara: ayudado por otros dos empleados introdujo a Bob en una furgoneta, que él mismo condujo a toda velocidad hasta el hospital más cercano. Y a partir de aquel momento no se separó de su socio hasta que éste, finalmente, y contra la opinión de los médicos —que temían una lesión irreversible— volvió en sí.

No sólo eso: Jim se irritó contra Joyce porque ésta se quejaba de que dedicaba más atención a su amigo que a ella misma.

Y ahora... Ahora Bob no daba señales de vida.

—¿Cuándo me darán de alta? —preguntó al doctor Terrado.

—Tendrá que permanecer algunos días en esta unidad de observación, por si padeciera alguna lesión interna que no hemos advertido hasta ahora, aunque los síntomas son favorables, pues no ha sangrado por la boca o nariz y sus constantes vitales son normales.

—¿Cuántos días?

—No puedo especificarlo. Vendré a verle mañana, temprano. Ya veremos. Por ahora, lo único que le interesa es descansar. Y no se preocupe. Hemos consultado su documentación y comprobado que es casado. Tiene el teléfono al alcance de la mano, por si quiere telefonar a su esposa, pero si lo desea, la enfermera, señorita Terrón, lo hará por usted. Le deseo un feliz descanso —dijo William Terrado, sonriendo agradablemente.

Se marchó.

La enfermera estaba allí, solícita. Pero Jim la despidió poco después.

Verdaderamente, su primer impulso fue tomar el teléfono y, aunque con ciertas dificultades funcionales —pues sólo disponía de su mano izquierda y era diestro—, llamar inmediatamente a su esposa. No habla ningún problema, pues la comunicación telefónica entre Richardville y Robertdale era automática, por lo que ni siquiera tenía que molestar a la telefonista del Country Hospital.

Estuvo a punto de hacerlo porque en aquel momento necesitaba comunicarse con alguien, oír una voz amistosa, sentir que alguien se preocupaba de él.

Por supuesto, estaba seguro de contar con la solicitud inmediata de su esposa. Joyce se apresuraría a tomar un taxi, costase lo que costase, para trasladarse a Richardville.

Pero se alarmaría, sufriría inútilmente, quizá sufriría un ataque cardíaco —se frenó a sí mismo.

No era ninguna tontería. Pocos meses atrás, cuando por fin se había quedado embarazada, Joyce sufrió un colapso. Trasladada en el acto al hospital, el especialista que la atendió reveló a Jim:

—Su esposa es una mujer débil, delicada. Como su corazón. Si no recibe sobresaltos, si no realiza trabajos exhaustivos, si no se disgusta a menudo: si recibe cuidados, afecto y dedicación, puede vivir muchos años. Caso contrario...

Jim no llamó aquella tarde a Robertdale. Pidió unas revistas a la señorita Terrón y aguantó sin probar bocado hasta el día siguiente. Aunque eso sí: se bebió una botella de zumo de piña frío.

Pero durante toda la noche estuvo pensando en Joyce. Y, de rechazo, en su amigo Bob McKelltom, Estuvo esperando la llamada telefónica de éste. ¿O quizá su visita personal? Hasta que el sueño le rindió.

Capítulo II

BOB llegó a las diez de la mañana.

Traía un hermoso ramo de claveles rojos —que arrojó descuidadamente sobre la cama—, un cartón de cigarrillos Lucky extralargos sin filtro y una petaquita de whisky escocés.

—Por si te da la tentación de empinar el codo —bromeó, guiñándole un ojo.

Explicó que no había podido venir al hospital porque cuando conducía el Jaguar en pos de la ambulancia que trasladaba a Jim, le había embestido el dueño de un «Ford», con el que tuvo que cambiar una serie de palabras gruesas.

—Le di un puñetazo y me detuvieron. He tenido que pagar una multa de cuarenta dólares más gastos de asistencia de aquel tipo, un tal Gustav Gustavsen, un tipo que hablaba el inglés como yo el ruso —lanzó una estruendosa carcajada—. Me encerraron, ¿sabes? No quise pedir un abogado, porque me prometieron dejarme libre esta mañana. Y así ha sido. Pero conseguí telefonear al hospital y me interesé por ti. Me dijeron que todo iba bien y me quedé más tranquilo.

Bajó el tono de voz, adoptó una actitud sumisa y dijo:

—Lo siento, socio: creo que la culpa es mía. ¿Por qué habrías de montar un bronco después de pasar quince años de vida sedentaria? Para eso es preciso tener músculo y corazón. Y tú te has ablandado mucho últimamente.

No era un piropo, pero del pecho de Jim Faselli se escapó un suspiro. A fin de cuentas, y aunque su socio fuera un individuo excesivamente primitivo, brutal, Bob no habla venido con él al hospital porque determinadas circunstancias se lo habían impedido.

Bob estuvo largo rato charlando con él. En realidad, no se callaba ni un solo momento. Mencionó la posibilidad de que podía aprovechar aquellas horas de inactividad de su socio en la tarea de prospeccionar y contactar con nuevos clientes en la floreciente ciudad de Richardville.

—Haz lo que quieras —respondió Jim—, Según el doctor Terrado, yo tengo aquí para dos o tres días.

Bob volvió a hablar interminablemente. Hizo alusión al ambiente animado de la ciudad, a las apuestas del rodeo y a otros mil temas. Y de repente se quedó callado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Faselli, alarmado.

—¿Has telefoneado a Joyce?

Jim dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—No, no lo hice —confesó—. No quise asustarla. Bob dejó escapar una risotada.

—Eres como un niño mimado. Necesitas cuidados, cariños, comprensión. Pero no te preocupes: yo te comprendo.

Dio una súbita media vuelta y se dirigió a la puerta.

—Volveré por la tarde, si mi trabajo me lo permite —anunció, fachendoso—. No escatimes gastos, socio. Y cuídate.

Jim sonrió, comprensivo. Su socio era así.

Naturalmente que Bob no volvió esta tarde. Llamó por teléfono y dijo que estaba hablando con un tal John Nathany, un industrial de Richardville, el cual parecía muy interesado en el negocio de la cerrajería.

—Nathany y yo hemos quedado en cenar juntos esta noche, dentro de un momento. Perdóname, socio. No podré ir a verte. Pero mañana...

Por fortuna, al día siguiente Jim fue sometido a un reconocimiento exhaustivo por el doctor Bill Terrado.

Terminado el examen, el joven médico se mostró optimista.

—No existen hemorragias internas de ninguna clase. Por otra parte, las escayolas de su pierna rota han sido armadas con alambre de acero inoxidable y podrá caminar breves trechos sin cansarse demasiado. Así que no veo motivo para mantenerle aquí encerrado

—comentó—. Supongo que estará deseando reunirse con su esposa. ¿Se comunicó con ella?

—Sí —mintió Jim, sin saber por qué.

—Bien, en tal caso le daré el alta y le entregaremos las recomendaciones para su traumatólogo de Robertdale —dijo el doctor Terrado—. Un viaje hasta Robertdale no sería excesivamente incómodo. Puede hacerlo en avión, si quiere. Hay vuelos diurnos.

Jim movió la cabeza en sentido negativo.

—¿Y dejar aquí a Bob?

—¿Quién es Bob? Ah, ya sé: su socio, el señor Robert McKelltom —asintió el médico—.

Tengo entendido que le visitó ayer por la mañana...

Jim carraspeó con cierto embarazo.

—Cierto. Supongo que ha satisfecho la cuenta de mi asistencia y estancia en el hospital. El doctor Terrado sonrió.

—No, no la ha pagado. Pero eso no debe inquietarle: le pasaremos el cargo a su domicilio de Robertdale.

—¡Sí importa! —se encolerizó Jim.

Y buscó sus documentos con la idea de extender un cheque con la cifra que mencionase el doctor Terrado. Pero se detuvo en seco: no se puede utilizar la mano izquierda de buenas a primeras cuando siempre se ha escrito con la derecha.

Dio su número de cuenta bancaria personal al médico

—tuvieron que darse las manos izquierdas— y expresó al doctor Terrado su agradecimiento por sus desvelos.

Una enfermera le entregó su equipaje y le acompañó a la puerta, donde le aguardaba un taxi.

Dio al conductor la dirección del Meridional Plaza, el hotel donde se habían hospedado Bob y él al llegar a Richardville.

Un botones tuvo que auxiliarle para subir la escalera de acceso y llegar hasta el ascensor. Pero a partir de allí, Jim Faselli se valió por sí mismo.

La puerta de la habitación número 311 —la de Bob— estaba entreabierta. Jim la empujó. Y enseguida advirtió aquel extraño aroma, mezcla de hedor agrio y perfume barato del que usan las prostitutas de baja categoría.

Dio unos pasos en el interior de la *suite*. La elegante moqueta color tabaco estaba regada de prendas femeninas. También había colillas fuera de los ceniceros y paquetes de cigarrillos arrugados por doquier, amén de media docena de botellas de whisky vacías amontonadas de cualquier manera en un rincón.

En aquel momento, Jim recordó las palabras que acababa de susurrarle al oído el conserje del hotel.

—Por favor, señor Faselli: no vuelva a traer a este hotel a su socio. Usted será siempre bien venido, pero el señor McKelltom sólo nos produce quebraderos de cabeza. Lamentaría que se ofendiera por esta observación. Repito que usted siempre será bien recibido en nuestro hotel.

Jim cruzó lentamente el *living* y empujó la puerta del dormitorio. Lo que temía no ocurrió. Al menos, aunque roncando estrepitosamente, Bob yacía en la cama *solo*.

Dio un fuerte grito y su socio despertó y se incorporó en el lecho como una bestia acorralada.

—Vamos, Bob: es hora de volver a casa.

Su socio se rascó furiosamente la cabeza, rala de cabellos, y murmuró algo entre dientes. Luego pronunció uno de sus tacos habituales y penetró en la ducha. Volvió al cabo de veinte minutos y tenía un aspecto aceptable aunque se había producido varios cortes en la cara al afeitarse apresuradamente.

—Vamos —dijo Faselli, sin reparar en que su socio ni siquiera le había preguntado por su estado físico después de quebrarse una pierna y

un brazo.

Un empleado se apresuró a sacar el Jaguar a la puerta. Al descender lentamente los escalones que llevaban a la cera, Jim dirigió un vistazo al coche: estaba impecable.

—Lo llevé al taller —se apresuró a informarle McKelltom—. No me hubiera perdonado que tu coche luciera un solo rasguño cuando te dieran de alta en el hospital.

Subieron ambos al automóvil y Bob se puso al volante y arrancó como una exhalación. Cuando se dio cuenta, el Jaguar corría a lo largo de la carretera del desierto.

A Jim no le gustaba aquella carretera. Había hecho una vez el viaje entre Robertdale y Richardville a través de ella y el trayecto le pareció excesivamente largo, tedioso e incluso peligroso, pues no había más que un parador —el Saguaro Wells— y la ruta era solitaria y apenas transitada.

Le hizo esta observación a Bob, pero su socio expuso:

—Es más corta que las otras rutas y más rápida, pues apenas hay tránsito. Llegaremos más rápido a través de este camino.

Por fortuna, no condujo en el primer tramo de aquella forma tan alocada característica en él. Por lo contrario, el Jaguar apenas rodó a ochenta kilómetros por hora.

Hacia la una de la tarde, alcanzaron el parador de Saguaro Wells, situado en el kilómetro ciento veinte. A partir de allí, no había gasolineras, ni talleres, ni poblados, ni siquiera un alma. Sólo desierto y calor.

—Para mí, resulta atractivo —había dicho Bob al principio del viaje—. Siempre puede surgir algo imprevisible, alguna aventura, ¿no te parece, socio?

Jim no compartía aquella opinión, pues le parecía estúpido exponerse inútilmente. Por otra parte, no se trataba de un viaje de placer o de vacaciones, sino de negocios. Y por lo demás, ya había resultado bastante accidentado.

Se detuvieron en el parador de Saguaro Wells y almorzaron. Aquel parador no era ni muy elegante ni siquiera limpio. Se podía comer y beber algo y descansar un rato, pero nada más.

Lo atendían Joey Pharafern y su hija, Helene. Joey era un hombrón de casi dos metros, robusto, tosco y cargado de espaldas, poco hablador y nada sociable. Miraba con malas pulgas a los clientes que se quejaban de la baja calidad del menú único y se alejaba gruñendo cada vez que servía un plato. En cuanto a Helene, de unos cuarenta años, tenía una fachada algo más agradable, pero se le advertía un parecido notable con su padre, tanto en lo físico como en lo moral.

De todas formas, a Bob se le iban los ojos tras las anchas caderas de

Helene. Le brillaban los ojos y se abstraía tanto en la contemplación de la rotunda hembra, que la grasa del filete que estaba masticando le resbalaba por el mentón e incluso goteaba y le manchaba la pechera de la camisa.

Cuando la mujer se acercaba a la mesa, Bob susurraba groseros requiebros a su oído.

Helene negaba, pero se alejaba riendo procazmente.

—Si no fuera por tus prisas, socio... —alardeaba McKelltom.

Sólo a Bob se le hubiera ocurrido la idea de tener contacto sexual con una mujer tan zafia y hombruna como Helene Pharafern. Pero a McKelltom le gustaban todas. Decidida— mente, Bob no se destacaba por sus gustos exquisitos.

Se bebió tres botellas de cerveza de a litro mientras comía e indujo constantemente a Jim a hacer lo mismo.

Bueno, Jim también se bebió un par de botellas. El día era tormentoso, agobiante, y la temperatura superaba con mucho los cuarenta grados centígrados.

—Podríamos dormir la siesta —insinuó Bob, cuando terminaron el almuerzo—. Un par de horas de descanso y quedaríamos como nuevos. Luego recuperaríamos el tiempo perdido.

Bob siempre hablaba de recuperar el tiempo perdido, como si los minutos o las horas transcurridas pudieran recobrase. Por el contrario, Jim prefería aprovechar el tiempo primero y descansar después sin preocupaciones.

—No tengo sueño —confesó. Y era cierto—. Por lo demás, este parador está lleno de moscas.

—Remilgado, ¿eh? —gruñó su socio, decepcionado. Pues sin duda abrigaba la esperanza de que Helene accediese a pasar un rato con él en su habitación.

Hacia las tres de la tarde prosiguieron el viaje. Previamente, Bob había cargado en el maletero media docena de botellas de cerveza, que había envuelto en hojas de periódico para que no se calentasen demasiado antes de ser consumidas.

Ya habían hecho unos cien kilómetros desde Saguaro Wells y aún quedaban unos ciento cuarenta a Robertdale.

A partir de allí, no encontrarían un alma viviente, ni gasolineras, ni siquiera un ranchito perdido en el desierto. Sólo carretera y más carretera, recta de quince o veinte kilómetros y algunas curvas amplísimas que el coche podía tomar holgadamente a ciento cincuenta kilómetros hora.

En todo el trayecto, no se habían cruzado más que con dos vehículos, un par de camiones traqueteantes cargados de balas de papelote hasta los topes.

Hasta allí, Bob había conducido con insospechada prudencia, a velocidad muy moderada. Pero ahora, quizá de forma inconsciente, pisaba el acelerador a fondo y el poderoso Jaguar volaba sobre la pista del desierto a ciento sesenta kilómetros por hora.

Por fortuna, los nubarrones que venían del Oeste ocultaron el sol y les libraron de los terribles ardores del desierto. Viajaban con la capota plegada en el alojamiento trasero, de modo que el viento les daba en el rostro y les refrescaba agradablemente.

De repente, Bob hundió el pie derecho en el pedal del freno y Jim estuvo a punto de estampar su rostro contra el parabrisas, pues no llevaba puesto el cinturón de seguridad: su brazo derecho escayolado se lo impedía.

El automóvil derrapó sobre la arenilla del asfalto y dio unos peligrosos bandazos, pero McKelltom enderezó la marcha hábilmente hasta que el coche se detuvo en mitad de la carretera con un infernal chirrido de frenos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jim, irritado.

—Nada —respondió Bob, hermético—. Tengo ganas de beberme una cerveza.

Bajó, abrió el maletero y volvió con dos cervezas, una de las cuales ofreció a Jim sin pronunciar una palabra.

Bebieron.

Bob arrojó el casco de la botella descuidadamente y se puso a orinar allí mismo, en la carretera, sin pudor, sin molestarse en dar la espalda a su amigo.

Luego apoyó sus fuertes y velludas manos en la portezuela y miró a Jim Faselli de hito en hito.

—¿No vas a bajar a mear?

—No tengo ganas.

Bob subió al coche y cerró de un violento portazo.

Parecía malhumorado. Pero ¿por qué? Si uno de los dos tenía motivos para sentirse disgustado, era precisamente Jim.

McKelltom puso el coche en marcha y rodó a velocidad desesperantemente lenta.

—Ve más aprisa, por favor —indicó Jim—. A este paso se nos va a hacer de noche en la carretera. Si tuviéramos una avería, nos veríamos obligados a pasar la noche al raso: por esta ruta no pasa un alma.

Bob le miró, irónico.

—¿Y qué, tanto te aterra pasar una noche a la intemperie?

—No se trata de eso, Bob. Sencillamente, tengo ganas de ver cuanto antes a Joyce. Ella debe estar intranquila. Nos hemos retrasado un par de días.

Su socio dejó escapar una carcajada.

—Sois tal para cual —se burló—. Ella fina, elegante, delicada, frágil; tú, siempre anhelante y mimoso. Los dos necesitáis protección. Si no fuera por mí...

Jim empezó a sentirse irritado. Le disgustaba profundamente la actitud de McKelltom, su prepotencia, su arrogancia, su eterna fanfarronería, su afán de protección.

—Joyce y yo podemos valernos por nosotros mismos —declaró, con expresión enérgica—. En cuanto a ella, yo me basto para darle la protección adecuada. En cuanto a ti, Bob, lo que deberías hacer es buscarte una muchacha adecuada y casarte.

—¿Ah, sí? —ironizó Bob, tenso.

—Eso es lo que pienso. Aprenderías lo que es tener verdaderas responsabilidades, aprenderías a amar y a entregarte, te volverías más generoso, ahorrarías, te mejorarías en todos los sentidos.

McKelltom pronunció una obscena blasfemia.

—Así que ahora te sientes casamentero y hermanita de la caridad —se burló sin compasión—. Pues escucha lo que tengo que decirte: no pienso hacer el imbécil. ¿Por qué he de casarme? Tengo todas las mujeres que quiero, sin atarme con una determinada. Ya sabes: las mujeres se vuelven sanguijuelas una vez casadas. Quieren acaparar al marido todas las horas del día. Y no sólo eso: también quieren apoderarse de lo que el marido gana con el sudor de sus...

—¿Por qué tienes que ser tan grosero? —le reprochó Jim—, Además, estás completamente equivocado. Casarse no es absorber al otro ni aprovecharse de él, sino entregarse, dar constantemente. Se consiguen satisfacciones inmensas siendo generoso.

—Ah, ¿sí? —repitió Bob como un sonsonete—. Pues yo no pienso seguir tus consejos de alma cándida. Fíjate: en Robertdale tengo seis amantes. No me gasto en ellas ni un centavo. Por el contrario: siempre estoy recibiendo regalitos de ellas. Les gusto, las satisfago... ¿por qué no habrían de compensarme? Otra cosa: mi Dupont de oro me lo regaló una de mis amantes. Una mujer casada. ¿Quieres que te diga su nombre?

—No me interesa —respondió Jim, francamente disgustado ya.

Bob sabía que aquellas confidencias le hacían daño. No era discreto al alardear de sus romances con mujeres casadas, puesto que Jim era casado.

De pronto, en aquel momento, cuando el Jaguar marchaba a cincuenta kilómetros por hora, Faselli comprendió por qué habla reaccionado tan impulsiva y atolondradamente en el rodeo de Richardville: de ninguna forma hubiera permitido que Bob le humillase ante Joyce.

Si Bob hubiera montado a un «Bronco» y Jim se hubiera negado, su socio le hubiera mostrado la película de su actuación a lomos del potro,

hubiera utilizado aquel alarde de valentía para rebajarle a los ojos de su esposa. Por eso había cometido la locura de montar un «bronco» peligroso y resabiado, por eso había fracturado un brazo y una pierna, por eso tendría que permanecer inmóvil —o poco menos— durante dos meses. Por eso, también, había estado a un paso de la muerte.

¿Sentía celos de McKelltom? No exactamente.

Cierto que Bob les visitaba a menudo en su casa de Robertdale y que procuraba portarse con Joyce con empalagosa atención. Pero precisamente Joyce le había hecho saber a su esposo —y en varias ocasiones— que McKelltom le desagradaba profundamente.

Sin embargo, en lo más profundo del cerebro de Jim Faselli, latía siempre una especie de cautela.

Antes de casarse con ella, Joyce habla sido absolutamente sincera.

—No quiero ocultarte el episodio más negro de mi vida, Jim —le confió—. Fui violada cuando tenía quince años. Aquello me produjo un trauma imborrable, irreversible. A partir de aquel hecho, tenía terribles pesadillas cada noche. Enfermé. Tuve que recibir asistencia psiquiátrica durante varios años, pero siempre tengo el temor de volver a sufrir aquel horror.

A Joyce no le consolaba que el borracho que la violara estuviera todavía en prisión, condenado a quince años y sin derecho a la libertad condicional. Ella no odiaba a su desconocido violador, sino que temía profundamente que un hecho tan traumático volviera a repetirse.

—Ahora ya lo sabes —añadió Joyce—, No quería engañarte. Si decides romper nuestro compromiso, lo aceptaré sin reproches. Comprendo que también para ti sería un trago amargo casarte con una mujer que fue violada a los quince años. Quizá incluso este pensamiento serviría para amargarte la vida, quizá seríamos infelices. Si te vas, lo entenderé perfectamente.

—¿Marcharme, dejarte? —respondió Jim, emocionado—. Por el contrario, ahora te amo mucho más porque sé cuánto has sufrido. Por nada del mundo me separaría de ti. Yo te protegeré mientras viva.

Jim sonrió con amargura.

¿Qué sabía un hombre como Bob McKelltom de sufrimientos, de sinsabores?

Bob ignoraba que Jim se había tenido que esforzar durante cuatro años en tranquilizar a Joyce. Poco a poco, con infinita ternura, paciencia y comprensión, había ido logrando que ella se serenara y tomara confianza en sí misma.

La noche de la boda fue terrible. A solas en un distante hotel, Joyce permanecía transida de miedo y de angustia, temerosa de volver a sufrir los dolores y los terrores de la noche en que fuera violada.

Viéndola tan tensa, Jim hizo de tripas corazón. Aunque el deseo

enervaba todo su cuerpo, decidió que había que dar una tregua a Joyce.

Se fue al cuarto de aseo y tomó una ducha bien fría. Ese fue el remedio. Luego se acostaron. Joyce durmió un poco inquieta, pero a la mañana siguiente parecía muy feliz y se abrazó cariñosamente a su esposo.

—Gracias, amor mío —dijo. Y le besó en los labios.

Transcurrieron algunos días. Jim se comportaba de la manera más natural. No hablaba del sexo, no hacía ninguna referencia a la intimidad conyugal. Viajaban, gozaban de la vida, reían como muchachos...

Y luego, una noche, Joyce se le entregó de improviso. Fue hacia las tres de la madrugada. Jim despertó cuando ella le besaba apasionadamente. Y escuchó sus palabras:

—Tómame, Jim. Soy totalmente tuya.

Fue una noche maravillosa. Íntimamente compenetrados, el placer sexual llegó a borbotones, fluidamente, tan natural como el discurrir de los ríos hacia el mar.

¿Qué sabía Bob McKelltom de todo aquello?

Además... ¿por qué precisamente hoy se comportaba de modo tan desagradable? Eran las seis de la tarde.

Con el ceño fruncido y las mandíbulas tensas, Bob seguía conduciendo a pequeña velocidad.

Los nubarrones que sólo eran una línea amarillenta en el horizonte un par de horas antes, se habían convertido en nublados grisáceos que presagiaban tormenta. Pero no había que temer: en el desierto rara vez llueve.

Bob volvió a frenar con brusquedad inexplicable, bajó del coche y trajo otras dos botellas de cerveza.

Destapó una y la tendió con un ademán autoritario a su socio.

—Bebe.

—¿Por qué hemos de beber tanto? Tengo sed, es cierto, pero puedo aguantármela. Y sobre todo tú, que eres el conductor, deberlas controlarte —observó Jim.

McKelltom dejó escapar una risotada áspera.

—Otra vez vuelve a sermonear Papá Censura —barbotó—. Si no quieres beber tú, déjalo, pero permíteme que yo tome mis propias decisiones personales. Por otra parte, si tienes prevención a mi forma de conducir, toma tú el volante.

Jim plegó los labios en un gesto amargo.

—No está bien que digas eso, Bob: tú sabes que no puedo conducir con la pierna escayolada.

—Ya. Entonces, lo mejor será que me aceptes como soy. Bebe. Todavía nos quedan otro par de cervezas en el maletero.

Bebió, sí.

No hacía calor ya. Por el contrario, soplaba un vientecillo frío que provocó un estremecimiento en Jim Faselli, que sólo vestía una camisa fresca de verano.

—Dame la chaqueta, Bob. Tengo frío —pidió.

—¿Frío? Yo tengo calor, un calor insoportable —se burló su socio. Y bebió de la botella hasta vaciarla.

Estampó el casco contra el duro pavimento y se descorrió la bragueta para orinar.

De repente, también Jim tuvo ganas de orinar. Dejó, pues, la botella sobre el asiento, empujó la portezuela, bajó con cierta dificultad, pues tenía envarados los miembros, y se separó unos pasos del coche.

Todavía estaba orinando cuando escuchó el potente zumbido del motor. Un segundo después, al girarse, vio que Bob estaba al volante, aceleraba y se alejaba.

Las anchas ruedas del Jaguar arrojaron al rostro de Jim torrentes de gravilla de la cuneta.

Capítulo III

AL principio, la sorpresa le dejó paralizado.

El automóvil —su automóvil— se alejaba a gran velocidad.

—Pero ¿cómo... cómo? —farfulló, desorientado. La verdad se abrió lentamente paso en su cerebro.

—Se marcha, se va, me deja, me abandona.

Pero no, no era posible, se trataba de una broma. De una de las inevitables befas de su socio, salvaje incluso para eso: para gastar una broma.

Era una recta interminable. Todavía podía divisar el coche, a unos dos kilómetros de distancia.

—Volverá, claro que volverá —se dijo Jim.

Pero Bob no volvía, sino que se alejaba a toda velocidad hasta que el coche se perdió en la lejanía.

—¡Maldita sea! —exclamó Jim, todavía incrédulo.

Se alzó la cremallera de la bragueta y suspiró profundamente. Luego echó a andar como un autómata.

Lo hacía mal, muy mal, porque el doctor Terrado le había escayolado la pierna por encima de la rodilla, de modo que la doble fractura de tibia y peroné se soldase y consolidase adecuadamente.

Con la pierna rígida desde el tobillo al muslo, Jim tenía que hacer un tremendo esfuerzo para alzar la cadera y dar un paso.

Por otra parte, su cuerpo estaba descompensado: pesaba más el lado derecho que el izquierdo —el peso de la escayola— y esto le obligaba a torcer el busto a la izquierda para mantener el equilibrio.

—Quizá pase algún coche y me recoja. Quizá —deseó.

Se detuvo jadeante y se volvió hacia el sur. No se veía ningún vehículo en todo lo que abarcaba su vista. Y era mucho.

Siguió caminando con lamentable lentitud.

Cien metros más allá volvió a detenerse, porque le dolía todo el cuerpo como consecuencia del exagerado esfuerzo.

Su mirada vagó alrededor, buscando un sitio a propósito para sentarse y descansar unos minutos. Pero no lo había. Ni siquiera un poste kilométrico. Nada. La carretera carecía de cunetas propiamente dichas, sólo había márgenes: donde terminaba el asfalto empezaba la arena.

—No puede hacerme esto, ¡no puede! —rezongó—. Él es mi amigo. Yo le saqué de la cárcel, le di trabajo, le apoyé, le elevé del fango... Incluso le hice mi socio y le di a ganar cantidades de dinero con las que nunca había soñado. Dinero honrado. Le encumbré, deposité en él toda mi confianza, hice un hombre de lo que era un guiñapo. Y ahora...

Porque era verdad: cuando Jim le conoció, McKelltom no era sino un hombre perdido. Como miembro de la Asociación Protectora de los Presos de Robertdale, Jim Faselli visitaba a menudo la penitenciaría de La Roca. Y allí conoció a Bob.

Había cometido numerosos delitos, hasta que atracó una gasolinera e hirió gravemente a un empleado, el cual estuvo entre la vida y la muerte por espacio de seis meses. Que aquel hombre se salvara finalmente supuso también la salvación de McKelltom, pues en otro caso Bob hubiera ido a parar a la cámara del gas.

De todas formas, el juez no había sido muy duro con él, pues le condenó a quince años de reclusión, teniendo en cuenta que su delito podía ser castigado con la reclusión a perpetuidad.

Probablemente, el juez tuvo en cuenta que Bob había sido huérfano desde la niñez y que esto podía disculpar en parte su torcida trayectoria.

Los de la Asociación visitaban la prisión de La Roca una vez por semana. Tenían acceso al interior de la penitenciaría y charlaban con los presos no peligrosos, a los que solían llevar regalos tales como revistas, cigarrillos, útiles de aseo o golosinas.

En una de aquellas ocasiones, a Faselli le tocó visitar en su celda a Robert McKelltom. Con tacto y prudencia, Jim se informó acerca de las vicisitudes de aquel joven de veintisiete años, cuya conducta penitenciaria era excelente.

Bob le contó, con lágrimas en los ojos, toda una serie de lastimosas vicisitudes: una madre irresponsable, un padre alcohólico, un hogar destrozado...

—Estoy dispuesto a emprender una vida nueva —declaró Bob al final de la entrevista—

. Podría obtener la libertad condicional dentro de unos meses, pero probablemente no lo conseguiré, pues no dispongo de un empleo, ni cuento con una persona honrada que esté dispuesta a fiar por mí. Si no consigo la libertad condicional, tendré que purgar otros cuatro años de prisión, día por día.

Jim se sintió sinceramente impresionado al escuchar las desesperadas confesiones de McKelltom. Más aún cuando éste le tomó impulsivamente las manos y le suplicó:

—¡Por favor, señor Faselli, ayúdeme! Si usted no me echa una mano, tendré que permanecer encerrado otros cuatro años.

Jim no prometió nada, pero consultó con el director de la prisión.

—Es cierto: nadie se atreve a salir fiador de Robert McKelltom. En cierto modo, es comprensible pues supone una grave responsabilidad —comentó el jefe de la prisión.

Jim reflexionó a lo largo de la semana sobre aquel asunto. Por una parte, se sentía inclinado a escuchar la petición del preso; por otro, consideraba en su justo valor la responsabilidad que iba a caer sobre sus hombros.

Pero finalmente triunfó la generosidad. Jim fue a visitar a los miembros de la Junta de Libertad Condicional, se declaró fiador de Robert McKelltom y prometió que emplearía a éste en su taller de cerrajería metálica.

La Junta de Libertad Condicional aprobó la libertad de McKelltom y el preso fue excarcelado un mes más tarde.

Jim fue a esperarle a la puerta de la prisión. Cuando se encontraron, Bob apenas podía contener su emoción.

—Gracias, gracias de todo corazón, señor McKelltom. Le prometo que jamás tendrá que arrepentirse de haber sido generoso conmigo —murmuró fervientemente.

Jim no dijo nada. Se limitó a estrechar su mano con calor y a invitarle a subir a su coche. Le condujo directamente al hotel Mission, donde había reservado una habitación para él, y le entregó cien dólares para los primeros gastos.

—Tómese unos días de respiro —propuso a McKelltom—. Imagino que estará deseando tomarle el pulso a la libertad. Cuando usted decida, preséntese en esta dirección. Mi encargado le dará el empleo más adecuado a sus posibilidades.

Bob se deshizo en palabras de gratitud. Prometió lealtad, laboriosidad, rendimiento...

Prometió, en suma, lo divino y lo humano. Y se separaron.

Jim nunca supo qué hizo Bob durante aquella semana. Aunque Faselli era moralmente responsable de la conducta de su patrocinado, comprendía que un hombre que ha pasado ocho años encerrado necesita unos días de expansión.

Ocho días después, McKelltom se presentó en los talleres de la empresa Faselli. Vestía un traje excesivamente caro para un hombre que acababa de salir de prisión y conducía un automóvil usado, pero muy vistoso, un «Mustang» del sesenta y ocho.

Ciertamente, todo aquello era un alarde inútil. Por otra parte, Jim no podía explicarse de donde habría sacado McKelltom el dinero necesario para comprar aquel automóvil, cuyo precio no sería inferior a los mil dólares. Pero su discreción le impidió hacer preguntas al ex presidiario. Bob por su parte, no dio ninguna explicación.

Es preciso reconocer que McKelltom progresó rápidamente en el

conocimiento de la profesión y trabajaba sin descanso. Jamás provocó ningún conflicto y cumplía rigurosamente cuantas indicaciones le hacía su encargado.

Por otra parte, poseía simpatía y capacidad para atraerse a los demás. Si al principio los demás empleados de Faselli le miraron con recelo por su condición de ex presidiario, pronto Bob contó con numerosas amistades.

A los seis meses dominaba ampliamente el trabajo y el encargado le confió un furgón, una cuadrilla de cuatro trabajadores y la instalación de varias obras de importancia en poblaciones cercanas a Robertdale.

Jim se sentía muy satisfecho. Había acertado plenamente al confiar en McKelltom.

Y demostró su reconocimiento de forma práctica: al llegar Navidad, entregó a Bob un sobre con veinte acciones de la Faselli Company.

Dos años más tarde, se jubiló Ron Andrews, el encargado general. El mismo día que Andrews se jubilaba, McKelltom se presentó en el despacho de Jim.

—Déme el puesto de encargado y no se arrepentirá —pidió.

Jim decidió confiar una vez más en él. McKelltom cumplió. Bajo su dirección, los trabajos se realizaban en plazos más cortos y se ahorraba tiempo y mano de obra, con lo que los beneficios crecieron considerablemente.

Una de las facetas que disgustaban profundamente al dueño de la empresa era la violencia de McKelltom. Cuando algún empleado protestaba, Bob se lo tomaba como asunto personal y lo resolvía de la manera que sabía hacerlo: a puñetazos.

Por fortuna estos incidentes fueron escasos. Por lo demás, McKelltom imponía fácilmente la disciplina laboral y la empresa progresaba.

Reconociendo su capacidad para el trabajo, Jim le ascendía constantemente el sueldo a su encargado y las siguientes navidades le regaló cincuenta acciones de la empresa.

La declaración de Bob en aquel momento le pilló de sorpresa:

—Con este regalo, poseo ya el cincuenta por ciento de las acciones de Faselli Company

—dijo.

—¿Cómo es posible? —exclamó Jim, asombrado, Bob sonrió con suficiencia.

—Como tú sabes, he ganado mucho dinero en estos cuatro años. Apenas he gastado nada: como lo justo y sólo bebo cerveza al atardecer. No salgo más que un día a la semana y procuro ahorrar al máximo. En fin: he ido adquiriendo todas las acciones que poseían los empleados de tu empresa declaró.

Jim no se sentía disgustado, sino estupefacto. Reflexionó durante

unos segundos y al cabo dijo:

—Con esa cantidad de acciones, legalmente podrías exigir la co-gestión en la dirección de esta empresa.

—No pienso exigir nada. En cuanto a la dirección, tú lo haces mejor que nadie —respondió McKelltom.

Dos días después, Faselli abandonó su despacho y se entrevistó con McKelltom en una de las naves del taller.

—Bob, he decidido convertirte en mi socio. Tendrás los mismos derechos que yo —le dijo.

McKelltom no pudo disimular su satisfacción.

—Acepto. Y espero que no sólo seamos socios, sino también amigos —sugirió.

—Ya lo somos —respondió Jim.

Y se estrecharon las manos con fuerza.

Aunque Jim había invitado a almorzar en su casa a McKelltom en varias ocasiones, a partir de allí menudearon las visitas de éste al hogar de los Faselli.

A Bob, le había hecho Joyce una gran impresión. Confesó a Jim que le admiraba la elegancia, distinción y delicadeza de su esposa.

A menudo, el socio de Faselli se presentaba en el acogedor chalet de los Faselli con un regalo para Joyce. Si ésta protestaba, Bob se deshacía en excusas, en halagos y alabanzas.

—Tengo mucho que agradecerlos a los dos. Ese pequeño regalo no es sino una minúscula muestra del afecto que siento por vosotros.

Pero a Joyce no le agradaba McKelltom. Cuando éste llegaba, la esposa de Jim se sentía más nerviosa e inquieta que nunca.

Faselli jamás advirtió algo raro en la conducta de su socio, pero lo cierto era que Bob se comía a Joyce con los ojos, aunque procuraba disimular cuando su mirada se cruzaba con la de Jim.

Y ahora...

Ahora, en medio de la solitaria carretera que cruzaba el desierto, Jim Faselli iba recordando todas estas cosas con amargura.

Caminaba un poco, siempre hacia el norte, pero tenía que detenerse a descansar cada pocos metros. Le dolía intensamente la cadera derecha, comenzaba a entumecerse la pierna del mismo lado y apenas podía con su alma.

En una de aquellas pausas, se esforzó en calcular la distancia que le separaba de Robertdale.

—No menos de cien kilómetros —dedujo—. Y otro tanto al parador de Saguaro Wells.

¿Coincidencia?

Lo cierto era que su socio le había abandonado justamente en mitad

del desierto, a distancia inaccesible de cualquier lugar habitado, tanto hacia el norte —Robertdale—, como hacia el sur —Saguaro Wells—.

Sentía una gran ansiedad por fumar un cigarrillo. Tenía un paquete mediado de Lucky en el bolsillo derecho de la camisa, pero no podía encender un pitillo, pues Bob se había quedado con su mechero.

—Lo hizo a propósito, el muy traidor —rezongó entre dientes.

Excepto el paquete de cigarrillos, no poseía otra cosa que el Rollex de oro macizo. El reloj valía unos dos mil dólares y se lo había regalado Joyce en uno de sus aniversarios, dos años atrás.

Eran las siete de la tarde. Decrecía la luz diurna, porque los nubarrones se habían espesado y tapaban totalmente el sol. Corría un vientecillo fresco muy desagradable y Jim se puso a tiritar, pues sólo llevaba encima la fina camisa de manga corta.

—Lo tenía premeditado, el maldito —se lamentó—. Cuando propuse que nos pusiéramos las chaquetas, se burló de mí con la intención de disuadirme. Y en mi chaqueta están mis documentos personales, el talonario de cheques, el dinero...

Caminó otro poco. Se había puesto un cigarrillo en los labios, pero acabó arrancándoselo de la boca y desmenuzándolo rabiosamente entre los dedos de su mano izquierda.

A veces se detenía y miraba esperanzadamente a su espalda. Pero la larga recta estaba desierta de vehículos en todo lo que abarcaba su vista.

—Alguien pasará. ¡Tiene que pasar alguien!

Pero transcurrió otra media hora y no vio acercarse ningún vehículo.

Iba anocheciendo lentamente. En la vasta soledad del desierto se oyó el aullido de un coyote.

Jim no era un cobarde, pero se estremeció al sopesar la posibilidad de tener que pasar una noche en aquellas soledades.

Sabía muy bien las condiciones del desierto, porque había nacido al borde de la extensión arenosa, en el ranchito que poseían sus padres a treinta kilómetros de Robertdale. Sabía, por ejemplo, que la temperatura baja exageradamente por la noche y que no es raro que hiele en el desierto. A finales de septiembre, era evidente que el tiempo estaba cambiando y se acercaba el otoño, lo cual empeoraría las cosas para un hombre abocado a pasar toda una noche a la intemperie.

—¿Por qué lo habrá hecho? —se preguntó, desorientado.

Pero no supo responderse. Desconocía por completo los motivos que tendría su socio para cometer semejante gamberrada.

—Si yo no tuviera rotos dos miembros, dejarme abandonado pasaría de broma pesada. Pero convertido en un inválido, sin ropa adecuada para abrigarme, sin dinero, sin un mechero para hacer lumbre, la acción de Bob no tiene perdón —pensó.

De repente, la verdad se abrió paso en su cerebro:

—No es una broma. Es una acción criminal.

Pero ¿por qué? McKelltom no tenía motivos para odiarle, sino todo lo contrario.

Caminó otro poco. Cada vez sus pasos eran más cortos y lentos y finalmente llegó a arrastrar la pierna fracturada. O, mejor dicho, el hierro que le habían empotrado en el arco del pie.

Ya no podía más. Se detuvo y respiró estertorosamente y tosió después.

Fue entonces cuando vio aquellas lucecitas rojas en lontananza. Jim hinchó el pecho, esperanzado.

—¡Un coche! —murmuró.

Capítulo IV

ERA extraño, muy extraño...

No veía los faros de aquel vehículo, *sino sus pilotos traseros*.

A pesar de lo cual, el coche cada vez se acercaba más a él, por el centro de la carretera y acelerando sonoramente.

Jim caminó aprisa hasta el borde del asfalto, temeroso de que el individuo que conducía su vehículo marcha atrás le atropellase.

—¿Quién será ese loco? —se preguntó.

Cuando el coche estuvo a unos ochenta metros, comprendió la verdad. El loco no podía ser más que uno: Bob.

Era él, conduciendo el Jaguar a cincuenta por hora y marcha atrás, a tope el motor, que zumbaba a todo gas.

Chirriaron los frenos. El coche derrapó unos metros sobre la arena que siempre cubría aquella desolada carretera y el vehículo se detuvo a unos diez metros de distancia del lugar donde se hallaba Jim.

Así que era una broma, una maldita broma, una gamberrada sin nombre, una jugada rastrera, una burla sangrienta.

Pero al fin y al cabo, Bob volvía a por él.

Caminó apresuradamente hacia el Jaguar, pero el automóvil se puso en marcha lentamente, alejándose a la velocidad del paso de un hombre.

—¡Espera, maldita sea! —gritó Faselli. Y se detuvo, exhausto.

El automóvil también se detuvo, pero siempre a una distancia que oscilaba entre los diez y los quince metros.

Entonces resonó la carcajada sardónica de Bob McKelltom.

—¿Tienes frío, papaíto? —se burló. Jim se irguió.

Miró fijamente a la cara al hombre que conducía su propio coche. Girando la cabeza a la derecha, Bob McKelltom vigilaba a Faselli.

—¿Qué pretendes exactamente? —preguntó Jim, ronca la voz y tenso todo su cuerpo. Otra risita.

—¿Qué pretendo? Tranquilo, socio. Mi intención es divertirme un poco contigo. Nada más —bromeó McKelltom.

Jim respiraba profundamente.

«Debo controlarme, evitar responderle. Nada de dejarme dominar por la ira. Control, paciencia, templanza, serenidad, cautela. Al fin, se confiará», reflexionó Faselli.

—¿Qué? ¿No dices nada, papaíto? —insistió McKelltom, provocativamente. Jim no dijo nada.

Respiraba, trataba de controlar el agudo dolor de su cadera. Intentaba, también, dominar los tiritones que provocaban en él el frío creciente.

Porque estaba anocheciendo y el vientecillo fresco se había convertido en cuchillo de hielo que traspasaba fácilmente su leve camisa de manga corta.

—Bueno... Ya sabes por qué te llamo papaíto, Jim. Porque no supiste engendrar un hijo en el vientre de Joyce —machacó Bob.

Con toda la chulería del mundo, se puso un Lucky extra-largo y sin filtro en los labios y lo encendió con el Ronson de Jim Faselli. Aspiró profundamente el humo y expelió una densa bocanada que el viento arrastró hasta la nariz de Jim, el cual dilató instintivamente las aletas de su nariz al percibir el agradable aroma del tabaco rubio.

Era una jugada baja, rastrera. Una jugada más. Porque Joyce había perdido su hijo al primer embarazo. Le habían tenido que provocar el aborto, porque estaba en juego la vida de la madre. A Jim Faselli le había consultado el médico. «O su esposa o el hijo» Y Jim había sido tajante: «Salven a Joyce. La vida es larga y podemos tener otros hijos».

Joyce se habla salvado, pero el hijo se perdió. Porque era un hijo, un varón, un sucesor, un heredero, una alegría inmensa — y frustrada— en el hogar de los Faselli.

Y que ahora Bob McKelltom bromeara con aquel tema, era más que sangriento. Pero Jim aguardaba.

Sabía que su socio era fanfarrón, creído, prepotente... Y los hombres así suelen confiar mucho en sus fuerzas. Demasiado. Probablemente, el endiosado Bob McKelltom se distraería gastando bromas amargas y, quizás, Jim recuperaría el aliento, darla dos o tres desesperadas zancadas y lograría alcanzar el coche, saltar al maletero, agarrarse con la mano izquierda —Jim era muy fuerte y resistente— y, tal vez, dar un manotazo y coger la llave de contacto. A partir de ahí, podía ocurrir cualquier cosa, desde golpear a Bob en la nuca con el «golpe del conejo», hasta abrir la portezuela izquierda y proyectar a su socio fuera del vehículo.

Pero...

—No eres un hombre, Jim, No exactamente un hombre como yo. Demasiado delicado, respetuoso y puro. En el rodeo de Richardville, te mareaba el olor del estiércol de los establos. Y, recuerda, no bebes más que lo justo, te bañas constantemente y te perfumas, ¿cuánto gastas en desodorantes y colonias? Un hombre no se perfuma, no está siempre metido en el baño, Jim. Es mejor estar en la cama, con una buena hembra. Tú... Bueno no quiero ser demasiado duro contigo, pero la

verdad es que te molesta quedarte desnudo delante de mí. A mí, en cambio, no me importa. Si tengo que mear, bajo la cremallera, lo saco y meo. No me siento avergonzado. Estoy orgulloso de lo que tengo —remachó McKelltom, más ufano que nunca.

—Idiota, si es por eso yo tengo mucho más que tú, pero jamás se me ha ocurrido alardear de ello. ¿Cómo podía imaginar que estabas acomplejado con dos centímetros de más o de menos? —habló Jim calmosamente—. Lo que uno lleva entre las piernas no hace a un hombre, pero si es por eso yo te gano con desahogo, pobre diablo.

Oyendo esto, McKelltom aceleró y el jaguar salió disparado como una bala. No se detuvo hasta un centenar de metros más allá.

—No me moveré de aquí. El vendrá —decidió Jim Faselli.

Y así ocurrió. Al cabo de cinco minutos, Bob condujo el coche marcha atrás. Muy despacio, tan despacio que no necesitaba apretar el acelerador. Al ralentí, el poderoso motor del coche impulsaba lentamente al vehículo retrocediendo sin calarse.

Pero cuando se hallaba a quince metros de Faselli —que permanecía en el centro de la carretera—, McKelltom aceleró salvajemente con la clara intención de atropellar a su socio.

Jim vio que el coche se le venía encima y reaccionó de la única forma posible: dejándose caer a la izquierda y rodando pesadamente sobre el duro y frío alquitrán.

Cayeron fragmentos de la escayola al suelo. Por fortuna, la larga venda de algodón que fortalecía el yeso aguantó, pero el trastazo fue formidable. Por fin, cuando el Jaguar pasaba zumbando como una legión de mil diablos, Jim se detuvo al chocar, precisamente contra un sólido poste kilométrico: el 113 de la carretera entre Robertdale y Richardville.

No perdió el tiempo. Sabía que McKelltom no iba de bromas. Era un criminal que habla sabido disimular hasta aquel mismo día, pero por fin Jim sabía a qué atenerse. Por eso, aunque apenas podía dominar el dolor que recorría enteramente su cuerpo, su primera reacción fue palpar el suelo y agarrar un grueso canto de medio kilo de peso.

Oyó el chirrido del frenazo, próximo, y se aprestó a defenderse.

Tenía la piedra en la mano izquierda y yacía de bruces sobre el asfalto, apoyada la pierna escayolada sobre el poste kilométrico.

Ahora se sentía dolorido, pero sus pulmones habían descansado y poseía fuerza suficiente para arrojar aquel canto, aunque fuese con la mano izquierda.

Oyó el rugido del motor, la gravilla desplazada por los neumáticos. Y se previno. El coche se le echó encima súbitamente.

Por fortuna, Bob temía chocar contra el poste —casi un metro de altura— y no se arrimó demasiado. Pero cuando Jim trataba de alzar su mano izquierda, el Jaguar se precipitó sobre él y la rueda delantera

izquierda machacó sus dedos apretados sobre el pedrusco.

—¡Dios mío! —gimió Jim—. ¡Me ha pulverizado la mano!

Hasta que transcurrieron unos cuantos minutos, Jim no pudo notar que la sangre, tibia, que manaba de sus dedos, empapaba lentamente el alquitrán.

Pero movió los dedos fácilmente y suspiró.

—No me ha roto la mano. Sólo un refregón que ha hecho brotar la sangre. Giró la cabeza.

Casi era de noche. A unos quince metros, destellaban los rojos pilotos del Jaguar. Bob había bajado del coche y apoyado sobre el guardafangos, se metía una botella de a litro entre pecho y espalda.

—Debo conservar mi dignidad como un bien preciso —se dijo Jim. Y reuniendo sus escasas fuerzas, dobló la pierna izquierda, se incorporó un poco, giró con dificultad, soltó el pedrusco, se apoyó en el poste kilométrico y se irguió.

—Bob, eres un canalla —dijo, con voz suficientemente alta como para que McKelltom le escuchara.

La respuesta fue una nueva carcajada.

—Tú eres un gusano. Te has pasado toda tu vida sacrificándote, haciendo el bien a los demás, procurando estar bien con tu conciencia... Y todo eso, ¿para qué? Ahora estás a mi merced. Tienes dinero, mucho más dinero que yo, pero ¿de qué te sirve? Me bastarla meter la marcha atrás y acelerar para aplastarte como una cucaracha —alardeó su socio.

Jim tragó saliva. Le dolía infinitamente escuchar aquellas palabras.

—Bob, no es posible. Dime que todo es una broma. Una broma pesada, una gamberrada, pero ven a por mí, ayúdame a subir al coche y partamos hacia Robertdale.

Hace frío, necesito comer algo y probablemente también necesito asistencia médica. Me he dado un tremendo batacazo para evitar qué me atropellaras y creo que mi pierna rota se ha resentido. Pero, más que nada, necesito reunirme con mi esposa —pronunció Faselli con toda la serenidad posible.

Comenzó a caminar despacio, erguido, con toda la dignidad que su invalidez le permitía.

Por último, confiaba en que todo aquel embrollo sólo fuera consecuencia del exceso de cerveza que Bob McKelltom había ingerido a lo largo del día.

—Sé buena persona, Bob, y olvidaré todos estos agravios. Ahora necesito ayuda —iba pensando, al tiempo que avanzaba pasito a pasito—. Dámela.

Le detuvo el grito extemporáneo de McKelltom.

—¡Quédate ahí! No quiero gastar demasiada gasolina. Bien está un poco de diversión, pero sin olvidar que tengo que llegar a Robertdale a

tiempo de cenar —dijo.

—Bob, necesito ver a Joyce. Ella está delicada, enferma. Puede sufrir un ataque cardíaco. No está bien lo que haces... —insistió Faselli, caminando lastimosamente hacia el coche.

Pero se heló la sangre en las venas cuando oyó las siguientes palabras de su socio:

—Yo iré a ver a Joyce.

—¿Qué has dicho?

—Yo iré a ver a tu esposa. La llamé anteayer. Le dije que tú habías huido hacia México con una muchacha morena. Dije que te habías emborrachado, que te hablas comportado como un irresponsable. Al principio, Joyce no se lo creía. Pero luego comenzó a preocuparse. Yo le dije algunas cosas. En fin, socio, creo que no me será difícil consolarla esta noche. Ya me conoces: mi especialidad es satisfacer a las mujeres.

—¡Boooob! —resonó el alarido de Faselli.

—No llores, papaíto. La vida es así. Tú siempre has estado arriba y yo abajo. Pero ahora se han cambiado los papeles. Tú tienes que arrastrarte y yo gozar de todas las compensaciones... incluida una noche con la esposa de un viejo amigo.

—Bob, eres una mierda de hombre —jadeó Jim incapaz de dar un paso más.

—¡Lo sé, lo sé! Yo soy la mierda y tú una exquisita tarta de fresas. Pero tú estás ahí, incapaz de valerte por ti mismo, convertido en una ruina física. Yo tengo en mis manos tus documentos, tu talonario de cheques, tu chaqueta, el volante de tu potente y magnífico coche. ¿Es que no lo comprendes? Yo soy el triunfador, tú el perdedor. De nada te ha valido comportarte como una persona decente durante toda tu vida. Llegas un tipo como yo y te lo echa todo a perder. ¿Lo ves?

A su pesar, a Jim se le escapó un gemido de amargura.

—No puedo creerlo, Bob. No quiero pensar que tú seas así. Yo hice por ti...

—Todo. Pero lo hiciste como una limosna. Tenías que hacer algo importante, grandioso, para sentirte orgulloso de ti mismo, para olvidar tu mongolismo mental. La buena obra de cada vida, eso es lo que hiciste por mí. Te daba lástima.

—No sentí lástima, sino compasión. Necesitabas ayuda.

Me expuse y te la di —murmuró Jim, destrozado—. Tú eras un despojo, me pediste auxilio, casi te arrastraste a mis pies. Yo te obligué a alzar te del suelo, te abracé y te dije:

«Haré por ti todo lo que pueda». Y cumplí. Y ahora...

El motor del jaguar rugió furiosamente.

—¡Eres un tonto! —Bob reía a mandíbula batiente—, ¿No comprendes que fingía? Yo jamás me he humillado ante nadie.

Necesitaba salir de la cárcel y vi tu cara de tonto bonachón. Me dije: «He ahí al pardillo que necesito». Y a partir de aquel momento todo fue fácil para mí. Tú, Jim Faselli, caíste en la trampa como un imbécil.

Jim se irguió con gran esfuerzo.

Le dolían las caderas y también le dolía la pierna izquierda, tan maltratada después del violento batacazo para salvar la vida.

Porque ahora era consciente de que Bob le hubiera atropellado de no dejarse caer fuera de su trayectoria a tiempo.

Apenas había luz del día. La escena parecía irreal.

Un inválido irguiéndose a duras penas al borde de la cuneta, mientras el hombre que conducía el lujoso coche —que no era suyo—, fumaba tranquilamente y bebía, de cuando en cuando, un largo trago de su botella de cerveza.

Transcurrieron unos minutos.

McKelltom parecía muy borracho. Se diría que estaba haciendo tiempo para despabilarse la borrachera y seguir conduciendo el potente automóvil de su socio.

Al cabo, arrojó el casco —ya vacío— contra el firme de la carretera. El vidrio se hizo añicos y Bob bramó:

—¡Vete al diablo, socio!

Tras lo cual, el Jaguar vomitó gravilla hacia atrás, zumbó con fuerza el escape, arrancaron humo los neumáticos y el automóvil se alejó carretera adelante como una exhalación.

Jim encogió los hombros, aterido, y pronunció en voz alta:

—Volverá. Sólo es una gamberrada. Es un hombre acomplejado, marginado, que no conoce verdaderamente la ternura y la bondad. Pero estoy seguro de que cuando se le pase la borrachera, reaccionará y volverá a por mí. Estoy seguro.

Pero se engañaba a sí mismo.

Conocía lo suficiente a Bob McKelltom como para saber que su socio jamás se volvía atrás de la palabra fanfarronamente pronunciada.

Trataría de tomarse la revancha...

—Pero ¿qué revancha? —se preguntó Faselli, íntimamente dolorido—. Le he tratado como a un hermano, le he ayudado, traté de convertirle en un hombre de bien. Y ahora, él... ha pronunciado palabras horribles. Joyce y... todo lo demás.

Caminó unos pasos adelante con gran dificultad.

Pensaba en Joyce, con su corazón delicado, tan débil, necesitada casi siempre de ayuda. Y un grito salvaje brotó de su garganta.

—¡Booob! No te atrevas a tocar a Joyce o...

Capítulo V

SE oyó el quejumbroso y alargado aullido de un coyote.

Brotaba precisamente del reseco matorral hacia el que Jim Faselli se dirigía. Se detuvo.

Él no era exactamente un hombre del campo, un llanero, un tipo acostumbrado a afrontar las dificultades del desierto.

Era un ingeniero, un técnico, un hombre de ciudad. Cierto que le gustaba la naturaleza bravía. Incluso sus primeros años hablan transcurrido en medio de un entorno poco me— nos que salvaje.

Sin embargo, una cosa era salir los fines de semana a pescar a Allowie River y otra muy distinta sobrevivir en la inhóspita extensión del desierto.

Jim había aguantado hasta las diez de la noche al pie de la carretera. Hasta aquella hora, había aguardado, esperanzado, que pasase algún vehículo y que su dueño — compadecido— le recogiera y le salvara.

Pero ni un solo automóvil había cruzado ante él. El cielo, plomizo, anunciaba nieve.

—No nevará. Es una tormenta de finales de verano —pensó. Y reflexionó—: En el desierto jamás nieva. Es posible que caiga granizo, pero eso sería todavía peor.

Tenía razón.

Una tormenta de granizo en mitad del desierto se convertía en amenaza de muerte para cualquier ser humano que no dispusiera de una protección adecuada.

Jim recordaba a Sam-Sam Belceboud, un ganadero de Robertdale, al que una tormenta de granizo había destrozado el cráneo. Pues en el desierto, el pedrisco alcanzaba el tamaño de una verdadera piedra y si uno no se cubría la cabeza, podía resultar con el cráneo fracturado.

Así que...

Había caminado un poquito, cuneta arriba y cuneta abajo. Movía los brazos, hacía ejercicios respiratorios y se esforzaba en evitar quedar congelado, pues la temperatura decrecía a cada minuto y él sólo tenía una camisa de manga corta, inútil a todas luces para protegerle del frío.

De modo que hacia las diez, Jim Faselli entendió que su salvación no estaba al borde de la carretera, por la que probablemente no pasaría nadie aquella noche.

—O tal vez tarde mucho más en cruzar esta ruta un maldito vehículo —se encrespó, cuando decidió abrirse paso sobre la reseca arena hacia aquel macizo de arbustos secos, situado a poco menos de dos kilómetros, en la cima de una duna de arena.

—¡Si Bob no se hubiera quedado con mi mechero...! —se lamentó.

Una buena lumbre, una alegre fogata, el calorcillo reconfortante de las ascuas... Todo aquello le hubiera ayudado a sobrevivir.

Pero McKelltom aunque no fuera demasiado inteligente, era malicioso y lo había previsto todo.

Mientras caminaba lentamente a través de las difusas penumbras del desierto, Jim recordó algunas cosas.

—Lo hizo a propósito. Me desafió a montar aquel potro salvaje, resabiado, precisamente para tenerme a su favor. ¿Qué puede hacer un hombre que tiene dos miembros rotos y escayolados? Nada —se respondió a sí mismo.

Pero, a pesar de todo, Jim Faselli poseía ciertos recursos. Por ejemplo: le bastaba pensar en Joyce para sacar fuerzas de la flaqueza.

—McKelltom no se saldrá con la suya. Al fin y al cabo, Joyce tiene a su hermana. Janice no vive con nosotros, pero acude con frecuencia a casa. Probablemente, Joyce la habrá llamado por teléfono al ver que yo no llegaba a casa en la fecha prevista. ¡Ese criminal no puede salirse con la suya!

Janice Merrill era la hermana soltera de Joyce. Profesora de primera enseñanza en el Goldwin College, joven de veintidós años, Janice se inclinaba decididamente a pasar sus ratos libres con su hermana y su cuñado.

Pensaba en todo esto y se consolaba a duras penas. Porque su pierna derecha se iba enfriando paulatinamente y las caderas le dolían hasta el estremecimiento.

—Llegaré hasta ese matorral —pensaba—. ¡Llegaré! Puedo cortar unas ramas, cavar un hoyo en el suelo, como un coyote. Después me cubriré con las ramas y me protegeré del frío.

Sólo se trataba de superar aquella fría noche en medio del desierto.

Al día siguiente, el sol volvería a calentar y a iluminar la tierra y Jim se sentiría con fuerzas suficientes para volver a la solitaria e inhóspita carretera, pedir ayuda, llegar a Robertdale...

A cada lento y doloroso paso, Jim Faselli pensaba en Bob McKelltom.

Aunque él no podía advertirlo, un rictus de desesperanza se dibujaba en su rostro juvenil cuando recordaba los tiempos en que visitaba la penitenciaría con el único objetivo de llevar un poco de ánimo a los hombres equivocados que cumplían sus condenas en la distante prisión.

Cavilaba, pensaba sin cesar.

—Mi negocio hubiera funcionado mucho mejor si... Si Bob hubiera

seguido en prisión. Y era cierto. Absolutamente cierto.

Antes de que Jim Faselli consiguiera la libertad de aquel pobre hombre desesperado, la empresa Faselli de carpintería metálica de aluminio, podía enorgullecerse de una trayectoria ejemplar.

Los empleados estaban satisfechos del ingeniero Faselli, los contratos se cumplían en las fechas previstas, los beneficios eran aceptables y la empresa se encontraba en franca expansión, en desarrollo hacia el futuro.

—Pero llegó Bob y las cosas se torcieron.

No se podía dudar de que McKelltom había sido un capataz aceptable. Pero también surgieron pequeños problemas, roces con el personal, nervios, malestar que jamás se había dado antes en los talleres Faselli.

El matorral espinoso estaba muy cerca.

—No va a ser muy fácil cortar algunas de esas ramas —pensó Jim. A pesar de lo cual, se esforzó en avivar el paso.

A medida que avanzaba hacia la duna, Jim podía ver mejor el recio perfil del matorral. Pero, ¿por qué?

No lo comprendió hasta que llegó arriba.

A unos seiscientos metros, se divisaba el resplandecer alegre de una gran fogata. A la luz naranja de la lumbre, Jim pudo ver un rancho de adobes y un corral. Más a la derecha, se adivinaba la sombra cenicienta de un granero.

Los pulmones se le hincharon del aire helado de la noche.

—Estoy salvado —pensó—. Un esfuerzo más. Apenas bajar ese declive y llegar hasta el rancho. Esa buena gente me echará una mano. Probablemente, dispondrán de una camioneta, de algún vehículo... Si es preciso, les ofreceré mi reloj de oro si me llevan a Robertdale.

Y en el peor de los casos, podría pasar la noche en un cobijo abrigado. ¿Quién no ofrece a un hombre en apuros una sopa caliente y un asiento junto al hogar?

—Vamos allá —murmuró Faselli.

Dio dos pasos, tropezó con unas raíces y cayó pesadamente al suelo.

Ni siquiera se esforzó en disimular un quejido estridente. Rodó y rodó cuesta abajo.

Milagrosamente, la escayola de su brazo roto resistió.

Pero cuando se detuvo al chocar contra un saguaro seco, todo su ser se estremeció de profundo dolor.

—Dios mío —masculló entre dientes—. Esta caminata parece un viacrucis.

Transcurrieron largos minutos antes de que Jim Faselli lograra recuperarse. Sus labios sangraban. También sangraba su antebrazo izquierdo, cruzado de profundos arañazos.

Respirando entrecortadamente, logró incorporarse un poco.

Dirigió una mirada hacia abajo y llegó el aroma penetrante de una sopa de tocino y pimientos.

Se palpó luego. Con cuidado. Pero su interés estaba en conservar su reloj de oro.

—Puede sacarme de este embrollo —caviló. Porque sabía muy bien que los humanos nos movemos más por el brillo amarillento del oro que por el brillo incierto en los ojos de un hombre necesitado de ayuda.

El reloj estaba en su muñeca. Quizá un poco arañado, pero seguía poseyendo su valor intrínseco.

Se puso en pie poco a poco.

Allá abajo, al final de la suave pendiente árida, seguía brillando alegremente la fogata.

El olfato se le impregnó del fragante aroma de la sopa que debía estar preparando alguien, allá en el ranchito humilde que acababa de avizorar a la luz de las llamas.

Brotaba una nube de denso humo denso sobre las llamas cuando Jim Faselli emprendió de nuevo la penosa caminata.

—Si llego allá abajo, todo estará solucionado —se dijo, esperanzado.

Caminaba con cuidado, temeroso de tropezar en las sombras y recibir un nuevo y definitivo batacazo. Pues la verdad es que se sostenía en pie con un titánico esfuerzo de voluntad.

Poco a poco, fue descendiendo. Ya estaba cerca, apenas a cien metros de distancia de la fogata. Tosió secamente cuando el humo denso impregnó su nariz y se vio obligado a detenerse.

Junto a la fogata aparecieron las siluetas de tres hombres. Oteaban la oscuridad y uno de ellos tenía un rifle de gran calibre entre las manos.

—Que sea lo que Dios quiera —murmuró Faselli.

Y siguió caminando lentamente hacia la fogata.

Los tres hombres le aguardaban, impávidos. Sentía sus miradas sobre sí mismo como algo sólido y molesto. Uno de ellos era alto, barbudo y desaseado. Los otros dos eran más jóvenes, con cabellos largos y grasientos, con barbas de varios días. Decididamente, ninguno de aquellos tres individuos tenía buen aspecto.

Daban, además, muestras de desconfianza.

Se habían situado detrás de la hoguera, de forma que sus siluetas quedasen difuminadas tras la nube de humo espeso que brotaba por encima de las extrañas llamaradas que expandían un hedor insoportable a caucho quemado.

Ninguno de ellos demostró por el desconocido otro interés que el brotado de la desconfianza.

De pronto, restalló un estampido y una bala elevó un surtido de cenizas a los pies de Jim Faselli, el cual se detuvo, exhausto.

Luego vinieron, despacio, los hombres. Tenían un aspecto repugnante.

Uno de ellos, delgado y cetrino, avanzó hacia Jim. Llevaba un revólver en la mano y encañonaba sin tapujos al recién llegado.

—¿Adónde vas, hermano? —preguntó mirándole de hito en hito. Y dejó escapar una risotada.

Capítulo VI

—TENGO que marcharme —dijo Janice.

—Por favor, sólo un poco más —imploró Joyce—, ¡Estoy tan preocupada por la tardanza de Jim!

Janice dejó escapar una risita.

—¿Celosa?

Pero Joyce se retorció las manos nerviosamente.

—No es eso, Jan. Yo confío plenamente en Jim. Y no es que no sea un hombre de los pies a la cabeza. Sé que también él se ha sentido tentado por otras mujeres, pero Jim me ama demasiado para hacerme una de esas jugadas. No temo que se haya liado con una mujer atractiva, sino que haya sufrido un accidente. Ya sabes que fue a Richardville con Bob McKelltom. Y no me fio demasiado de Bob.

Janice se alisó con un ademán coqueto la larga cabellera rubia. Y luego dio un apresurado beso en la mejilla de su hermana.

—Lo siento —dijo—. Son ya las doce de la noche. Y sabes que tengo que madrugar mañana. Si pudiera quedarme...

Joyce lo comprendía.

Al día siguiente, Jan debía dirigir una excursión en autocar a Tawolian Cascade, organizando y animando a unas sesenta muchachitas de su escuela entre los doce y los catorce años. La excursión se iniciaría al salir el sol, de modo que Janice necesitaba descansar adecuadamente aquella noche.

Pero...

La inquietud de Joyce iba en aumento. Sabía que no tenía derecho a pedir a su hermana que se quedase con ella unas horas más. A pesar de lo cual, murmuró:

—¿No podrías encargarte esa excursión a alguna de tus amigas? Jan sonrió.

—Te preocupa la llamada de Bob, ¿verdad? Sin embargo, te lo juro: tampoco yo creo una palabra de esa historia. Jim no es de los que se marchan con una muchacha morena por las buenas. El parece tan enamorado de ti como el primer día.

—¡Y lo está! —exclamó Joyce, tajante.

—Perfectamente. En tal caso, no debes tener temor alguno. Jim llegará de un momento a otro. Estoy segura.

Abrió la puerta de la calle, se asomó y sus facciones se animaron. Volviéndose a su hermana, exclamó:

—¿No te lo dije? ¡Ya está ahí! Joyce corrió presurosa al vestíbulo.

Era delgada, de estatura regular, pero armoniosa de silueta y de facciones bellas y delicadas. Sus cabellos eran rubios como el oro.

Dejó escapar un gritito de gozo al ver el automóvil detenido a cincuenta metros de distancia.

—¡Es su coche! —exclamó, alborozada. Y ambas salieron a la acera, corriendo. Pero Jan la tomó por un brazo.

—Es muy extraño, Joyce. No veo a nadie dentro del coche.

Joyce se libró de la mano de su hermana y corrió adelante en dirección al Jaguar aparcado lejos del chalet rodeado de abetos.

También Janice corrió, aunque sin apresurarse tanto como su hermana. Cuando llegaron al coche, vieron que estaba vacío.

—Pero... pero... —murmuró Joyce Faselli—. Jim!

—No te alarmes. Quizá fue con McKelltom a las oficinas del taller para dejar algunos documentos ó arreglar alguna cuestión de urgencia.

—¡No! — chilló Joyce.

Jan la tomó por los antebrazos.

—Vamos, cálmate, mujer: vas a escandalizar a tus vecinos —dirigió una mirada cautelosa a las edificaciones residenciales más próximas—. Ten en cuenta que Jim y su socio regresan de Richardville de gestionar un negocio importante. Quizá, para celebrarlo, decidieron dejar el Jaguar e ir algún lugar a tomar unas copas.

Joyce negó ardientemente con la cabeza.

—Jim jamás haría algo semejante —dijo—. Lo primero que hace cuando llega de viaje es venir a casa. Además...

—¿Qué?

—Siempre me suele llamar por teléfono cuando está fuera de casa, casi siempre en viaje de negocios, aunque él no sea un hombre inclinado a permanecer muchos días lejos de su hogar. Y esta vez no me llamó.

—Pero llamó McKelltom. Dijo que Jim se había tomado unas copas y...

—Lo sé. Pero es mentira.

Volvieron lentamente hacia el hogar de los Faselli.

Jan, compadecida, abrazaba a su hermana por los hombros.

Por encima del vestido que llevaba Joyce, Janice sintió el vibrar de la epidermis de su hermana y comprendió que se sentía mal.

—No te apures —susurró a su oído—. Llamaré a Maggie Sullavan desde tu casa. Le diré que estoy indispuesta y le pediré que se haga cargo de la excursión. Ya veo que estás demasiado preocupada.

Joyce se agitó en un temblor violento. Volviéndose hacia su

hermana, protestó:

—Tengo motivos, Jan. Esa llamada de Bob no me da buena espina. Tú sabes que ese hombre nunca me gustó...

—Ni a mí —apretó los labios Janice.

—¿Lo ves? Demasiado atento, empalagosamente atento. Y cuando Jim no miraba, él me comía con los ojos, pero retiraba la vista en cuanto mi esposo se volvía a nosotros. Sé que no puedo fiarme de McKelltom, Jan. Mi corazón es débil, pero jamás se ha equivocado hasta ahora.

Janice la tomó delicadamente por un brazo y la obligó a caminar.

—Creo que tienes razón, pero no hay que alarmarse. Quizá estemos convirtiendo en una tempestad lo que apenas sea llovizna —observó, más por dar ánimos a su hermana que porque ella misma se sintiera tranquila.

—Algo ha ocurrido. Lo sé —insistió Joyce, tenaz.

Llegaron ante el chalet, recorrieron la senda en mitad del césped y entraron en la casa. En cuanto Janice cerró la puerta tras ella, Joyce dijo:

—Voy a llamar a la policía. Jan la detuvo.

—Espera.

—¿Por qué? Si no sé algo acerca de Jim sufriré un ataque cardíaco. ¡No puedo sufrir esta incertidumbre! —gimió Joyce.

Su hermana la acarició con ternura.

—Lo sé. Pero no llares a la policía. Voy a llamar a Maggie Sullavan para que se haga cargo de dirigir la excursión de mañana. Después llamaré a Jack Tyrrell. Ya sabes que ese policía está empeñado en casarse conmigo y hará lo que sea por mí. Yo encargaré a Jack que haga algunas averiguaciones discretas. Todo lo demás se arreglará. Está tranquila.

Era fácil recomendar: «Tranquila no pasa nada». Pero Joyce se agitaba en un continuo temblor.

—Ve a preparar un poco de té —le recomendó Janice—, Entre tanto, yo llamaré por teléfono.

Joyce entró en la cocina y Jan se fue al salón. Pero antes de que descolgara el auricular del teléfono, se oyó el zumbido musical del aparato.

—Hogar de los Faselli —pronunció Janice con decisión—, ¿Quién llama?

—Agente Jonathan Brown, de la Brigada de Tráfico. ¿Es usted la señora Faselli?

—Soy su hermana —respondió Janice, un tanto nerviosa—. ¿Qué ocurre? La voz átona del agente Brown respondió:

—Un gravísimo accidente de automóvil, señorita. El señor Faselli venía hacia Robertdale conduciendo un coche alquilado en Richardville,

cuando chocó de frente con un camión de gran tonelaje. Siento tener que darle esta desagradable noticia, pero su cuñado está ingresado en el hospital de Robertdale y hay pocas esperanzas de que se salve. Le saquemos del coche con el pecho aplastado y ahora se encuentra en el quirófano. Por desgracia...

Janice escuchó los pasos de su hermana en el pasillo.

Pensó que si Joyce se enteraba del accidente de su esposo, lo inmediato sería un ataque cardíaco quizá irreversible, dado el estado delicado de su hermana.

Por eso respondió al teléfono con la voz más serena posible:

—Muchas gracias por el recado. Iré enseguida.

Colgó justamente en el instante en que se acercaba su hermana. Joyce estaba muy pálida. Con los labios entreabiertos y un estado de ansiedad manifiesto, preguntó a Janice:

—¿Qué ocurre?

Jan respiró disimuladamente.

—Nada importante. He hablado con Maggie y está dispuesta a hacerse cargo de la excursión. Sin embargo, debo entregarle algunos documentos del colegio, necesarios para el viaje. Iré al colegio, entregaré esos papeles a Maggie y volveré inmediatamente. Después telefonaré a Jack y arreglaremos las cosas. Tómate el té. Puedes añadirle un chorrito de licor, te reanimará.

Joyce dejó escapar un prolongado suspiro.

—Está bien, ve. Pero, te lo suplico, Jan, ¡no tardes! —pidió.

—No tardaré. Ahora tómate un tranquilizante con el té y siéntate ante el televisor.

—¿Ante el televisor? Imposible. Mis nervios no lo resistirían — gimió Joyce. Permitió que Janice la besara con ternura y la acompañó hasta la puerta.

—Coge el coche de Jim —recomendó a su hermana—. Es demasiado tarde para encontrar un taxi.

Janice se despidió y cruzó la calle en dirección al automóvil.

—Es todo muy extraño —pensó, caminando aprisa—. Ese policía asegura que Jim está herido de gravedad, que tuvo un accidente en un coche alquilado. ¿Por qué había de alquilar un automóvil si dispone de su magnífico Jaguar?

Cuando abrió la portezuela, reparó en otro detalle extraño: el policía Jonathan Brown le había llamado *señorita*.

—¿Cómo sabrá ese individuo que soy soltera? —se preguntó Janice.

Finalmente se encogió de hombros y se acomodó tras el volante. Las llaves estaban en el tablero. Dio al contacto y el motor rugió, potente.

Desde la puerta de su casa, Joyce vio alejarse el coche. Aguardó un instante, desorientada.

Al cabo, entró, cerró la puerta y caminó nerviosamente hacia el salón.

—Hola, gatita. Seguro que no me esperabas —exclamó alguien detrás de ella. Joyce se volvió de un salto y vio a Bob McKelltom.

Y sin necesidad de que él lo anunciase comprendió lo que Bob se proponía hacer.

Capítulo VII

ERAN tres granujas, no era falta de tener un cerebro privilegiado para comprenderlo así.

Lo que estaban haciendo era quemar gruesos rollos de cable de cobre forrado de caucho, de ahí la nube de espeso humo negro que se elevaba hacia las alturas.

Era cable conductor del empleado en los tendidos de alta tensión. Probablemente, aquellos ladrones habían destrozado una línea eléctrica para obtener unos centenares de kilos de cobre.

Y habían aguardado hasta la noche para quemarlo, pues durante el día la columna de humo sería visible desde gran distancia.

El joven de los cabellos pajizos que empuñaba el revólver volvió a lanzar una carcajada irónica.

Y luego:

—¡Mirad esto, compañeros! — y señalaba los miembros escayolados de Faselli—. De momento me asusté... ¡Creí que era una momia!

Los otros dos se acercaron y contemplaron a Jim con curiosidad.

—¿Qué haces tú por aquí? —preguntó rudamente a Faselli. Jim dijo la verdad:

—Mi socio me ha dejado tirado en la carretera. Aproveché que yo estaba... Bueno, orinando, y se marchó con mi coche. Necesito ayuda. Ustedes tienen una camioneta, según veo —Faselli señalaba la abollada camioneta Ford que estaba junto al granero—. Les pagaré cien dólares si tiene la amabilidad de llevarme a Robertdale.

El hombre del rifle entornó los ojos.

—¿Tienes dinero? —preguntó.

—Les pagaré en Robertdale. Soy Jim Faselli, ingeniero, y poseo un negocio de carpintería metálica en Robertdale. Les pagaré espléndidamente, ya se lo he dicho. Como garantía de ello, les dejaré mi reloj de oro hasta que estemos en Robertdale. Puede ser un buen negocio para ustedes. Al fin y al cabo, podrían estar de vuelta dentro de un par de horas, pues no creo que haya más de cien kilómetros a la ciudad.

El hombre del rifle asintió. Sus compañeros, los dos jóvenes desgreñados —uno rubio y otro moreno— miraron codiciosos el reloj que Faselli llevaba en la muñeca izquierda.

—Veamos ese reloj —demandó el más alto.

Jim se aflojó la pulsera —también de oro macizo— con dificultad, pues Bob le había aplastado la mano con una rueda del Jaguar y el dorso estaba completamente magullado, cruzado de rasguños.

El joven moreno le arrebató la joya de un zarpazo y la examinó a la luz de la hedionda fogata.

—Es bueno —dijo—. Debe valer unos miles de dólares.

El hombre del rifle tomó el reloj y mordió expeditivamente la cadena.

—Está bien. Me quedaré con él por el momento —dijo. Y se lo guardó en el bolsillo delantero de su pantalón manchado de grasa.

Jim se animó.

—¿Me llevarán a Robertdale? —preguntó.

Su interlocutor movió la cabeza negativamente.

—Es tarde. Mañana —dijo.

Faselli no se atrevió a protestar. Entendía que aquellos tres individuos eran peligrosos. Las personas decentes no exhiben armas de fuego ante un hombre inválido como yo —caviló.

La fogata se estaba apagando. Entre los rescoldos, quedaba el rollo de cable ennegrecido.

—¿Pueden darme algo de comer? Estoy desfallecido —explicó Jim. Pero ninguno de aquellos individuos respondió a su pregunta.

El del rifle dijo después a los otros:

—Traed la camioneta. Vamos a cargar esto.

El joven moreno se alejó. El de los cabellos pajizos apartó el rollo de cobre de los restos de la fogata y arrojó un brazado de matorrales secos. La lumbre se avivó. A su luz, Jim pudo ver el montón de rollos de cable que había a unos diez metros de distancia.

Se oyó el zumbido del motor de la camioneta y el vehículo se acercó, retrocediendo.

Faselli, aterido, se acercó a la lumbre para calentarse. Logró extraer un cigarrillo de su paquete y lo encendió; los tres hombres cargaban los pesados rollos de cable en la camioneta, sin prestar la menor atención al hombre que se calentaba junto a la hoguera.

Cuando hubieron terminado su tarea, el hombre del rifle gritó:

—¡Eh, tú, Faselli! Ven con nosotros.

Jim se apartó de la hoguera y les siguió hasta el ranchito de adobes. Era de allí de donde procedía el excitante aroma a comida.

Entró en pos de los hombres y vio a una mujer de unos treinta años inclinada sobre el fogón que ocupaba un rincón de la estancia. Aunque entrada en carnes, era una mujer atractiva, pero sumamente descuidada y desgredada.

El hombre del rifle le golpeó las nalgas con fuerza y exclamó:

—Eh, Teresa, tenemos un invitado.

Teresa se volvió y dirigió a Jim una furtiva mirada. Luego volvió a dedicar su atención a la olla y la sartén que estaban sobre el fuego.

Los hombres se sentaron a una rústica mesa. Viendo que Jim aún permanecía en pie, indeciso, la mujer dijo:

—Siéntese, señor. Le pondré de comer.

Viéndole en tan lamentable estado, aquellos individuos podían haberle acercado un taburete de los situados junto a los muros de barro. Pero ninguno de ellos lo hizo, de modo que Jim tuvo que valerse por sí mismo.

Teresa puso unos platos de plástico en la mesa y trajo pan y una botella de vino. Luego sirvió sopa en cinco platos y todos se pusieron a comer. De vez en cuando, los hombres tomaban la botella de vino y bebían directamente por el gollete.

Jim les estuvo observando durante la cena. Según pudo escuchar, al más alto —de unos cuarenta y cinco años— le llamaban Papá, aunque era evidente que los dos jóvenes no eran sus hijos. El moreno se llamaba Pat y el de los cabellos pajizos Syd.

Pat y Syd dirigían lujuriosas miradas a Teresa, que se dejaba pellizcar las nalgas por ambos jóvenes con una sonrisa de satisfacción.

Hasta que Syd comenzó a mostrarse más y más lujurioso y Papá le derribó de un puñetazo en pleno rostro.

—Deja ya de sobar a Teresa —dijo Papá, sin incomodarse— Esta noche me toca a mí.

Syd se alzó del suelo gruñendo como un cachorro enfurecido, pero al cabo se sentó y siguió comiendo como si tal cosa, aunque dirigiendo de cuando en cuando encendidas miradas a la mujer.

Jim no se había atrevido a probar el vino, pues aquellos individuos no le habían invitado a beber. Por otra parte, le repugnaba acercar sus labios a la botella de la que los tres hombres bebían groseramente, sin molestarse previamente en secarse la grasa que manchaba sus labios.

Bonita gentuza —pensaba Faselli.

Terminada la cena, Teresa fue retirando los platos y residuos de la mesa. Faselli sacó su paquete de cigarrillos y ofreció a los hombres, que aceptaron los pitillos sin hacer ningún comentario.

—Gracias por la cena —dijo Jim—. ¿Dónde puedo pasar la noche?

Se dirigía a Papá, que era el que parecía poseer más autoridad dentro del grupo. Papá le miró de reojo y gruñó:

—Aquí no hay sitio más que para nosotros cuatro. Vete al granero. Allí hay paja abundante y un par de viejas mantas. Dormirás como un angelito.

Y por primera vez lanzó una risotada, que Syd y Pat corearon de

buena gana.

—Muy bien, iré a dormir al granero. ¿Pueden darme algo para alumbrarme? La noche es oscura y puedo tropezar y caerme en el camino —demandó Faselli.

Estas palabras debieron hacer mucha gracia a los tres granujas, pues volvieron a reír con fuertes carcajadas.

La única que parecía demostrar algún interés humano hacia Faselli era Teresa, la cual abrió un viejo armario colgado de la pared y volvió con una linterna eléctrica, que puso sobre la mesa,

—Tenga. Váyase a dormir. Debe estar muy cansado —dijo la mujer, solícita.

Jim le dio las gracias y se puso en pie con dificultad, pues sus miembros —ya doloridos y castigados— se habían envarado.

Se sentía inclinado a demostrar a Papá su agradecimiento por la hospitalidad recibida, pero advirtió que los tres hombres se habían desentendido ya por completo de él: Syd había sacado una baraja de naipes y Pat trajo una botella de whisky, de la que bebió largamente antes de ofrecerla a Papá.

De modo que Faselli murmuró un «buenas noches» y se alejó renqueando hacia la puerta, seguido por la compasiva mirada de Teresa.

Abrió la puerta, salió y tiró de ella.

Como había supuesto, la noche era una enorme mancha de tinta china, de modo que encendió la linterna, se orientó y caminó hacia el granero.

Sin embargo, sintió unas incontenibles ganas de orinar y se detuvo detrás de la casa.

Ya se disponía a guarecerse en el pequeño granero retirado de la casa, cuando oyó la fuerte voz de Papá.

—¿Estás loca? Yo no pienso complicarme en una cosa así. Se oyó también la voz de la mujer. Chillaba.

Jim volvió sobre sus pasos y se acercó a la puerta. Apoyada su oreja derecha en las viejas maderas resecaadas por el sol del desierto, escuchó.

—¿Lo harás tú, Pat? —se oyó la voz de Teresa.

—Ni lo pienses, tú. Una cosa es robar cable de cobre y otra cargarse a un tío. No quiero volver a la cárcel —respondió el joven moreno.

Jim se alertó.

Cargarse a un tío, acababa de decir Pat.

¿A quién pensaban *cargarse*?

—Está bien —dijo Teresa, muy excitada—. Si vosotros sois tan cobardes, lo haré yo.

—Pero, mujer —era la voz de Papá—, ese Faselli es inofensivo. Mañana lo llevaremos a la carretera y nos olvidaremos de él.

—¡No seas idiota! —chilló la mujer—. Ese Faselli ha visto como quemabais los rollos de cable. Parece un hombre importante, ¿no? Uno de esos a los que los periódicos llaman «honestos ciudadanos». ¿Y sabéis que hacen los «honestos ciudadanos»? Avisan a la policía cuando ven algo como lo que nosotros hacemos.

—No dirá nada. Le amenazaré, le meteré el miedo en el cuerpo. Pero, métetelo en la cabeza, mujer, yo no pienso matar a Faselli —dijo Papá.

—Si no lo hacemos, será nuestra ruina. ¿Es que no os dais cuenta, trío de borregos? Estamos haciendo un buen negocio con el cobre. Si Faselli nos denuncia, no sólo terminará el negocio, sino que la policía nos buscará y nos empapelarán. Como dice Pat, yo no quiero volver a la cárcel.

—¿Vas a hacerlo tú? —se oyó la voz de Syd, el de los desgredados cabellos rubios.

—¡Sí! —afirmó rotundamente Teresa—, Esperaré un rato, hasta que Faselli se haya dormido.

—Eres capaz de hacerlo. Ve, si quieres —respondió Papá—. Pero ¿cómo piensas cargártelo?

—Cogeré el revólver de Syd, entraré en el granero, acercaré el cañón del revólver a la cabeza de Faselli y dispararé hasta agotar las balas —Teresa lanzó una corta y nerviosa carcajada—. No os preocupéis, no sufrirá: Faselli pasará del sueño al otro mundo. Después... yo misma le enterraré en el granero, hatajo de maricas.

Jim se separó lentamente de la puerta.

—¡Dios mío! —se lamentó—. ¿En qué cueva de criminales he venido a guarecerme? Caminé despacio para no hacer ruido.

Ahora sabía lo que tenía que hacer, si quería salvar la vida: huir.

Teresa era una redomada zorra: había fingido una pizca de compasión hacia él con el único objeto de confiarle.

Si los hombres eran tres facinerosos, la mujer era una furcia peligrosa, capaz de matar a sangre fría.

Faselli estaba seguro de que Teresa haría exactamente lo que había explicado a sus compinches. Después... después incluso sería capaz de acostarse con Papá y si no se sentía suficientemente complacida, abandonaría el camastro del larguirucho e iría a ofrecerse a los dos jóvenes.

Para Jim sólo había un camino de salvación: la camioneta.

Se dirigía a ella en medio de las tinieblas y deseó con toda su alma que las llaves de contacto estuvieran en el automóvil.

Ni siquiera se planteaba en aquel momento que era prácticamente imposible conducir un vehículo con una pierna y un brazo enyesados. Sabía, simplemente, qué debía intentarlo si quería escapar a la muerte.

Encendió la linterna una décima de segundo para orientarse y ya

seguro de sí mismo, avanzó con mayor rapidez hacia la camioneta.

Abrió la portezuela y oyó el leve chirrido de las bisagras. Pero no se detuvo: apoyó el pie izquierdo, subió y se dejó caer sobre el asiento.

Encendió la linterna... ¡las llaves estaban en el contacto!

Respiró hondo, dejó la linterna sobre el asiento, tanteó el cambio de marchas, apoyó el pie enyesado sobre el acelerador y dio al contacto.

Se produjo un rugido espantoso: el motor funcionaba.

Tanteó el panel con la mano izquierda, dio las luces y metió una velocidad, sin dejar de apretar el acelerador.

La camioneta saltó hacia adelante. El motor zumbaba estrepitosamente cuando Jim trató de manejar el volante.

Era una empresa muy difícil, pues el doctor Terrado le había escayolado el brazo derecho hasta la mano, dejándole libres apenas los dedos. Además, su mano izquierda magullada no poseía la destreza suficiente como para girar el ancho volante de la camioneta.

El coche se dirigía directamente hacia el granero. Jim trataba de girar el volante a la izquierda para evitar el encontronazo, pero sólo lo consiguió a medias.

La camioneta golpeó con su guardafangos derecho la esquina del granero. Se oyó un crujido de planchas metálicas, pero el vehículo salió despedido hacia la izquierda y prosiguió su marcha.

Detrás de él, Faselli escuchó unos gritos. Era Teresa la que chillaba como una posesa, al descubrir que su víctima escapaba.

Aceleró a fondo, pero en primera el coche avanzaba con excesiva lentitud para la seguridad del fugitivo.

Pisó el embrague y dejó caer pesadamente su brazo derecho sobre el cambio de marchas. Milagrosamente, entró la segunda velocidad y la camioneta aumentó su marcha a través de la hondonada pedregosa.

Estalló una detonación a su espalda y simultáneamente se oyó el impacto de una bala de rifle contra la caja de la camioneta.

Jim torció el volante a la izquierda y después intentó hacer lo mismo a la derecha, de modo que los disparos de Papá no le alcanzasen.

Sin embargo, un nuevo balazo pulverizó el cristal de la ventanilla derecha y arrojó fragmentos de vidrio a su rostro. Sintió inmediatamente la sangre tibia correr por su mejilla, pero no se alteró.

Había que seguir apretando el acelerador, correr en zigzag, evitar la muerte. La idea surgió de pronto:

—Apagaré las luces. La noche es oscura y no podrán hacer blanco. Las apagó.

Pero sintió un estremecimiento de pavor al imaginar que podía chocar en la oscuridad o, simplemente, despeñarse por un barranco.

De todas formas siguió conduciendo a oscuras hasta que notó que la camioneta superaba un desmonte y saltaba literalmente en el aire.

El vehículo se agitó violentamente. Tan salvajemente, que Jim apenas podía sujetar el volante. Entonces dejó caer su mano izquierda sobre el panel y encendió las luces.

Súbitamente se le ofreció la visión de un barranco profundo, de más de quince metros de profundidad. Tenía que utilizar el pie derecho para frenar, pero prefirió utilizar el izquierdo y pedalear repetidas veces hasta que la camioneta se estuvo al pie del talud.

—¡Fiusssh...! —expelió el aire de sus pulmones con fuerza.

La camioneta Ford se había detenido a menos de medio metro de la barranquera. No era fácil salir hacia abajo, se escogiera la ladera de la derecha o la de la izquierda. Ambas tenían pendientes muy agudas, que iban a desembocar en algún lugar que no podían revelar los faros de la camioneta.

—¡Arriba! —murmuró Faselli.

Y con toda decisión, empujó la palanca de cambios con la escayolada pierna derecha, metió la primera velocidad, embragó y aceleró.

La camioneta estaba abollada, pero su motor tenía todo el vigor de un automóvil nuevo. Aceleró, torció el volante para esquivar una pequeña de regular tamaño y el vehículo escaló sin esfuerzo la cuesta.

Arriba, la luz de los faros le revelaron la topografía próxima del lugar: una meseta de escasa altitud cruzada por erosiones profundas en forma de venosidades.

El vehículo, acelerado en primer^o, superó la pendiente y corrió a través de la meseta, ya en segunda, saltando sobre los secos matorrales y los cantos rodados. Era una marcha a trompicones, salvaje y violenta...

—Lo único que me interesa es alejarme de esos criminales

—pensaba Jim. Y apretaba el acelerador a fondo y corría todo lo que daba de sí el motor de la camioneta.

Alejarse del rifle de Papá, ésa era la cuestión.

Calculaba que los disparos del rifle no podrían alcanzarle ya, puesto que había superado la colina en la que se iniciaba el barranco. Y se sentía más tranquilo.

Pero a los pocos minutos escuchó un petardeo fuerte, horrísono.

—Una motocicleta de gran cilindrada —pensó. Y acertó.

Frenó en medio de la meseta y apagó las luces de la camioneta. Un faro oscilante iluminó la llanura desértica.

Faselli bajó el cristal de su ventanilla y giró el cuello hacia atrás. Vio la luz potente de un faro y escuchó con nitidez el petardeo de una moto.

Y comprendió.

—No sólo tenían la camioneta. También una moto todo-terreno —murmuró, preocupado.

De nada valía mantener apagados los faros de la camioneta, pues la luz de la moto podía iluminar claramente la llanura árida.

Jim no podía ver a quien conducía la moto, aunque calculaba que debía ser Pat o Syd.

—Mejor Syd —decidió—. Es más ágil y decidido.

El motor de la camioneta ronroneaba suavemente. Jim metió primera, aceleró y torció violentamente el volante a la izquierda con su mano izquierda. (Aunque él no reparó en ello, el volante estaba profusamente manchado de sangre).

Su estrategia era plausible. Pues si no podía ocultar la camioneta a la luz de la moto, lo mejor era, simplemente, dar la vuelta y... ¡deslumbrar con los dobles faros al conductor de la motocicleta!

Eso fue lo que hizo.

Tomando como guía el faro de la motocicleta, Faselli logró enderezar la marcha de la camioneta y se dirigió rectamente a su encuentro.

La camioneta saltaba y cabeceaba sobre el irregular piso de la meseta, mientras la moto rodaba en línea recta en su misma dirección.

Por un momento, Faselli temió que ambos vehículos fueran a colisionar salvajemente. Pero lo que sucedió fue que, de repente, la moto se elevó sobre un desmonte, voló en el aire y cayó a unos veinte metros de la camioneta que conducía Jim Faselli.

Vio claramente que la motocicleta perdía el equilibrio en el aire, golpeaban sus ruedas sobre el suelo pedregoso y los dos hombres que viajaban en la máquina salían despedidos y rodaban como cantos sobre la llanura.

Verdaderamente, Faselli pudo atropellarlos en aquel momento, pues tanto Pat como Syd quedaron conmocionados tras el durísimo batacazo, pero Faselli no era un criminal, sino un hombre honrado y sensible, por lo que prefirió hacer girar a la camioneta en ángulo de 190 grados y alejarse del lugar del accidente.

Aceleró y logró cambiar a tercera con un golpe contundente de su brazo derecho escayolado.

La camioneta rodaba a sesenta kilómetros por hora a través de una llanura sumamente accidentada. El coche saltaba constantemente y los chorros luminosos de los faros se elevaban al cielo, de forma que impedían totalmente la visión a (Faselli).

De pronto, Jim se vió rodando sobre una porción de arena finísima. Y antes de poder prevenirse vio venir el barranco, que se anunció como una línea quebrada profunda y negra.

—¡Vamos allá! —pensó, a la desesperada. Y aceleró al máximo.

La camioneta Ford atravesó el arenal sin que apenas sus ruedas tocasen la arena, ascendió como una flecha un matorral espinoso y... saltó en el vacío.

Lo que sucedió a continuación fue consecuencia de la sensación angustiosa que Jim Faselli experimentó al verse volando por los aires.

Inconscientemente, su mano izquierda aferrada al volante se apoyó con fuerza y torció la dirección.

La camioneta cayó pesadamente al otro lado del barranco y sus amortiguadores se recobraron casi al instante. Por desgracia, las ruedas delanteras estaban torcidas a la izquierda. Al entrar de nuevo en contacto con la tierra, el vehículo volcó aparatosamente, dio dos vueltas de campana y quedó apoyado sobre su costado derecho.

Naturalmente, el motor se calentó, aunque ambas ruedas del costado izquierdo quedaron girando en el aire.

—Mala suerte —murmuró Jim Faselli. Y a duras penas logró abrir la portezuela izquierda del vehículo y, apoyado en el brazo izquierdo, se irguió. Se dejó caer a tierra con sumo cuidado, pues sabía que el equilibrio de la furgoneta era inestable y podía aplastarle si hacía un movimiento brusco.

Sabía que ya no podía utilizar la camioneta para ponerse a salvo. A pesar de lo cual se sentía muy satisfecho, pues tenía en su mano izquierda la linterna que le entregara Teresa.

Ya se disponía a alejarse hacia el norte, cuando una idea un tanto maliciosa le obligó a detenerse.

—Tal vez... —murmuró—. Tal vez podría hacerlo. Encendió brevemente e iluminó el depósito de gasolina.

Fue fácil abrir el grifo inferior: al momento, la gasolina cayó a chorro. Sobre la rala vegetación reseca.

Arrastró con gran esfuerzo unos cuantos pedruscos bajo la rueda trasera derecha, de forma que la camioneta —volcada de costado— no pudiera caer de improviso.

Cuando toda la gasolina que contenía el depósito se hubo derramado sobre la tierra y los matorrales, Faselli alzó el capot, hurgó en los terminales de las bujías y vio saltar las azuladas chispas.

Saltó en el momento justo, pues sus zapatos estaban impregnados de gasolina. Surgió una gran llamarada y la camioneta se incendió.

—Luz suficiente para caminar —murmuró entre dientes. Y se alejó.

No muy aprisa, pues apenas podía con su cuerpo, pero aún le quedaban energías para resistir una caminata.

Todo era cuestión de paciencia y... redaños.

Cuando se hallaba a kilómetro y medio del lugar donde aún seguía ardiendo la camioneta Ford, Jim se detuvo y se volvió a echar una mirada.

Advirtió un faro que se acercaba vertiginosamente al barranco, vio cómo la luz describía una parábola y finalmente se detenía la máquina junto a la gigantesca tea que conformaba la camioneta envuelta en llamas.

Incluso reconoció a los de la moto: eran Syd y Pat.

—A pesar del batacazo, lograron recuperarse —reflexionó Faselli, que había procurado alejarse caminando por encima de las rocas, de forma que sus pies no dejaran una huella clara.

Estuvo un momento observándolos, a la luz viva de las llamaradas que envolvían la camioneta.

Syd y Pat, rodeaban el brasero y dirigían frecuentes miradas al interior del vehículo.

—Están tratando de comprobar si mi cadáver se deshace lentamente entre las llamas

—dedujo Faselli.

Y así debía ser, porque antes de que el fuego se extinguiera, Syd arrancó la moto de un pedalazo furioso y Pat saltó sobre el sillín antes de que su compañero arrancara.

—Un juego muy arriesgado —caviló Faselli, al comprobar que Syd describía una curva, aceleraba a fondo y se dirigía hacia el barranco.

Estaba bastante lejos de aquel lugar —ya salvo—, pero pudo ver perfectamente lo que ocurría.

A saber: Syd se dirigió en línea recta a un desmonte para obtener el ángulo necesario para que su moto saltase por encima del barranco. Pero sucedió algo imprevisto: Pat introdujo accidentalmente la puntera de su bota entre los radios de la rueda trasera y la moto se frenó y coleó aparatosamente, yéndose al barranco.

La luz del faro se apagó y todo rumor cesó.

Entonces Jim Faselli dirigió su mirada a lo alto, encontró en un claro entre las nubes la Osa Menor y la Estrella Polar y encendió la linterna, decidido a llegar —a toda costa— a Robertdale.

Tenía que encontrar, cuando antes a Bob McKelltom para devolverlo a la penitenciaría.

Capítulo VIII

EL sol calentaba con fuerza y el aire se había vuelto irrespirable. A lo lejos, se veían las siluetas de unos buitres cerniéndose sobre los farallones de basalto.

Jim Faselli caminaba lentamente a través del lago desecado.

A aquella hora, Jim había perdido toda esperanza. Había tratado de orientarse hacia el norte, pero estaba seguro que jamás alcanzaría la carretera ni mucho menos la ciudad de Robertdale.

Había chupado el jugo de unos cactus y había masticado unas raíces. Pero sus energías iban decreciendo de forma considerable.

Al fin, se dejó caer, desfallecido, a la sombra de un gigantesco saguaro.

Se había adormecido cuando escuchó aquel rumor sordo, tenue y lejano. Pero el rumor se avivó hasta agigantarse convertirse en estrépito insoportable.

Jim abrió los ojos, se apoyó en el brazo izquierdo y se irguió penosamente.

Y vio el helicóptero. Tenía buena vista y leyó aquellas palabras rotuladas sobre las chapas de duraluminio: «Californian Borax Company».

Entonces se irguió de un salto increíble y arrastró su pierna escayolada sobre la arena. Y gritó a voz en cuello:

—¡EH, EH, LOS DEL HELICOPTERO!

Los del helicóptero de la «Californian Borax Company» no pudieron oírle, lógicamente. Pero el piloto vio el rastro que Faselli iba dejando grabado sobre la fina arena que cubría el lecho de aquel gran lago desecado. Tres letras: S.O.S.

Jim agitaba los brazos —más penosamente el derecho— y gritaba hasta enronquecer.

—¡Eh, eh, los del helicóptero!

El aparato describió una curva alrededor del lago de bórax y finalmente descendió. Las palas del helicóptero elevaron una tolvanera de arena fina que penetró a través de la nariz, las orejas y los ojos de Jim Faselli.

Cuando la arena cayó y las palas dejaron de girar, Jim abrió los ojos. Tenía los parpados cubiertos de arena y blanco polvo de bórax, pero

incluso así, el piloto y el ingeniero que viajaban en el helicóptero pudieron apreciar fácilmente que aquel hombre había recibido un castigo durísimo.

Jim no dijo nada, ni los dos hombres del helicóptero le preguntaron. Evan Doyle y Chris McKetchum se limitaron a tomarle por debajo de las axilas y a arrastrarle hasta el aparato.

Unos minutos después, el helicóptero se elevaba sobre el lago desecado y desaparecía en la lejanía.

* * *

—Señor Faselli —dijo alguien.

Jim dejó escapar un profundo suspiro y abrió los ojos. Vio el rostro de un hombre maduro, canoso, pero de facciones agradables y serenas. Y le reconoció enseguida.

—¡Harold, Harold Bogart!

El doctor Bogart asintió con el gesto.

—Veo que me reconoces, Jim ¿Qué tal te sientes?

¿Cómo se sentía?

Bien, aceptablemente bien, después de...

¿De qué?

—Tranquilízate, Jim. Me han contado parte de tus peripecias. Ahora no debes preocuparte, sino descansar. Te hemos estado alimentando por sonda, pero pronto estarás bien y podrás masticar un jugoso filete —afirmó el doctor Bogart.

Faselli trató de asimilar aquellas frases.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó al fin.

—¿Te refieres al tiempo que llevas internado en el hospital? —exclamó Bogart—. Unos cuatro días, aproximadamente.

¡Cuatro días!

Faselli *sabía* que se sentía bien, físicamente. Pero había algo grabado en su cerebro que se resistía a salir a la luz.

Hasta que estalló:

—Joyce! ¿Dónde está, dónde está mi esposa?

Captó claramente que Bogart trataba de rehuir la respuesta. Vió cómo el médico apartaba la mirada, carraspeaba y erguía el mentón.

—Bueno, no voy a mentirte, Jim. Ella también está aquí, en el hospital. Un gemido se escapó de entre los labios de Faselli.

—¿Hospitalizada? ¿Por qué?

Bogart callaba, le hurtaba la mirada. Finalmente, Jim comprendió.

—¿McKelltom? —susurró tenso.

—¿McKelltom? Aún no sabemos... Quiero decir: la policía no sabe.

Jim, tú eres un hombre fuerte. Tienes que demostrarlo ahora más que nunca: Joyce está en la Unidad de Cardiología. Al parecer sufrió un ataque cardíaco. Es grave, no voy a ocultártelo, pero se recuperará, si Dios quiere.

A Bogart se le encogió el corazón al ver llorar silenciosamente al hombre que había sido su amigo de la infancia.

Porque sí, Jim Faselli estaba llorando. Lloraba por Joyce, por Bob McKelltom, por él mismo, tan débil e impotente en aquellos instantes.

Pensaba en las amenazas de Bob, en sus bravatas. Y suponía que finalmente las había llevado a cabo.

—Dime la verdad, Harold —exigió finalmente—. ¿Qué le ha ocurrido a mi esposa?

El doctor Bogart se disponía a hablar, pero en aquel momento alguien llamó discretamente a la puerta.

—Pase —dijo el médico, tras una breve vacilación. Janice apareció en la puerta.

Estaba muy pálida y demacrada. Miró fijamente a Jim y su mentón tembló perceptiblemente.

—Jim... —murmuró.

El doctor Bogart carraspeó.

—Creo que... será mejor que tu cuñada te lo explique todo, Jim —murmuró entre dientes. Y escapó apresuradamente de la habitación.

Janice avanzó, paso a paso.

Cuando llegó al costado del lecho, se dejó caer impulsivamente de rodillas junto a Faselli y rompió a llorar convulsivamente.

También Jim lloró. Sin aspavientos, mansamente, hasta empapar el borde de la sábana.

Pasaron lentamente los minutos. Janice suspiraba, Jim callaba.

Finalmente, Faselli irguió la cabeza con energía.

—No quiero llorar más, Jan. Cuéntame todo lo que ha ocurrido. Y Janice habló.

—Comencé a sospechar que algo raro ocurría cuando recibimos la llamada de un policía. El hombre que habló conmigo dijo que habías sufrido un accidente cuando venías hacia Robertdale conduciendo un automóvil alquilado. Me extrañó, pero me apresuré a acudir al hospital. No te encontré, sencillamente porque tú no habías ingresado en el hospital. Fue una trampa para hacerme salir de casa, quizá para dejar sola a Joyce. En aquel momento, no reconocí la voz del que se había pasado por policía, probablemente porque la deformaba a propósito, hablando a través de un pañuelo o algo semejante.

—¿Quién crees que era?

—McKelltom. Ahora estoy segura. Jim tragó saliva.

—Sigue, Jan —pidió.

Fue a ver a Jack Tyrrell, que estaba de servicio en comisaría.

—Consultó el fichero y halló que no existe en esta ciudad ningún policía llamado Jonathan Brown. Entonces entendí que McKelltom nos habla preparado una trampa — confesó Janice con un hilo de voz.

Inmediatamente, decidió regresar a la casa de los Faselli. Jack Tyrrell se ofreció a acompañarla.

—La puerta estaba cerrada por dentro y perdimos unos minutos, mientras llamábamos a Joyce a grito pelado y Jack arremetía contra la hoja de madera, cuyos cierres saltaron finalmente —relató la joven.

—¿Y...? —preguntó Jim, en vilo. Janice tragó saliva.

—Vimos los muebles destrozados, todo estaba tirado por el suelo como... como si un tornado hubiera penetrado en aquella casa. Finalmente, encontramos a Joyce en el salón.

Jim no hizo ninguna pregunta más: temblaba. De miedo y de coraje al mismo tiempo.

—Joyce estaba semidesnuda. Dedujimos que sus ropas habían sido arrancadas con brutales tirones, pues aparecían rasgadas, convertidas en jirones...

Los signos exteriores parecían indicar, sin lugar a dudas que Joyce Faselli había sido víctima de un salvaje violador.

—Estaba inconsciente —añadió Janice—. Pálida e inmóvil. Jack y yo nos inclinamos sobre ella e intentamos hacerla volver en sí con suaves bofetadas en las mejillas. Pero todo fue inútil.

Janice se asustó y pidió inmediatamente una ambulancia por teléfono, único aparato que se había librado de las vandálicas iras del intruso.

—Llegó un médico con los sanitarios, examinó a Joyce y dijo que acababa de sufrir un ataque cardíaco. Entre tanto, yo había logrado ponerle alguna ropa limpia y nueva, pues no podía soportar que unos extraños contemplasen a mi hermana con aquel aspecto.

Joyce Faselli fue ingresada diez minutos después en la Unidad de Cardiología del hospital.

—Aún no ha recuperado la consciencia —añadió Janice—. Tu amigo, el doctor Bogart, es quien se ocupa de ella. Según me ha explicado, Joyce permanece en coma, producido por el choque psíquico.

Jim se irguió un poco sobre el lecho.

Ahora no temblaba y sus ojos se habían secado.

—McKelltom... ¿la violó? —preguntó en voz queda. Janice desvió la mirada.

—He hecho esa misma pregunta a Bogart —declaró en el mismo tono de voz—. Harold respondió que no era el momento adecuado de encargar al forense un reconocimiento íntimo de Joyce para llegar a una conclusión... Sin embargo, Jim, yo personalmente temo que sí. Bob

McKelltom tuvo tiempo suficiente para violar a Joyce. Por otra parte, los muebles destruidos, la violencia de que dio muestras el asaltante... Bien, todo ello lleva a la conclusión de que finalmente consiguió sus propósitos.

Quedaron en silencio.

Al cabo, Janice oyó el chirrido desagradable que producían los dientes de Jim Faselli.

Capítulo IX

—QUIERO hablar con Jack Tyrrell —pidió Jim, de repente. Janice le besó en la frente y se marchó.

Quince minutos después, el joven policía penetraba en la habitación de Jim Faselli. Tyrrell pronunció un saludo, se interesó amablemente por el estado del hombre que ocupaba el lecho y aceptó la silla que Faselli le señalaba con un gesto,

Jack se sentía tenso.

Sospechaba que la entrevista con Faselli no iba a ser fácil. Por supuesto que Tyrrell comprendía el estado de ánimo del hombre que ahora le miraba fijamente desde el lecho. Con una pierna y un brazo fracturados, el rostro cubierto de hematomas, quemaduras solares y arañazos, impotente y rabioso, tal era la imagen de Jim Faselli en aquel momento.

Esperó pacientemente, conteniendo el aliento, pues Faselli permanecía en silencio, observándole sin pestañear.

Y al fin le vio mover los labios y escuchó nítidamente sus palabras:

—Jack, es preciso que detengas a Robert McKelltom. Pero Tyrrell denegó con un movimiento de cabeza.

—No puedo —dijo.

Las facciones de Faselli se colorearon vivamente.

—¿He oído bien? ¿Has dicho que *no puedes* detener a ese criminal?

—Eso he dicho. Faselli se encrespó.

—Pero... ¿es que no has oído las declaraciones de mi cuñada, es que no te ha contado lo que Bob nos ha hecho a todos? —barbotó.

Tyrrell tragó saliva.

—Sí, Jan me lo ha contado todo. Pero no puedo detener a McKelltom. No tenemos pruebas —respondió.

A Faselli le tembló la mandíbula interior.

—¡No tenemos pruebas...! ¿Es que mi estado físico no es una prueba viviente? ¿Es que mi esposa, en estado de coma, en gravísimo peligro de muerte y, probablemente, violada, no significa una prueba acusadora más contra ese monstruo? —protestó, encolerizado.

Tyrrell calló.

—¿Qué clase de policía eres tú, que permaneces cruzado de brazos, que te muestras indiferente ante los requerimientos de un ciudadano

honrado? —insistió Faselli, acalorándose por momentos.

Jack, nervioso, encendió un cigarrillo.

—Te lo juro, Jim: daría todo lo que tengo por poder meter entre rejas a Bob McKelltom, pero no puedo hacerlo. No tenemos pruebas, aunque sí la convicción moral de que McKelltom es culpable —dijo.

Faselli se removió en el lecho, muy inquieto.

—Explícame eso —demandó—. No entiendo una palabra. Tras reflexionar brevemente, el policía respondió:

—Pues bien, he aquí los hechos que atan mis manos en la acción contra McKelltom. En primer lugar, no hubo testigo presencial del asalto a tu domicilio y a tu esposa, como tampoco lo hubo de que McKelltom tratase deliberadamente de dejarte morir en mitad del desierto.

Faselli parpadeó, impaciente. Pero no hizo ningún comentario. Tyrrell fumó con avidez y añadió:

—McKelltom llegó hace cuatro días a la ciudad. Le trajo un taxi de Richardville. Pues bien: fui a interrogarle en cuanto supe que había llegado. McKelltom se mostró extrañado. Declaró que había pasado la noche en un motel llamado Saguaro Wells y que dos personas podían dar fe de que no se había movido del parador desde las diez de la noche hasta las ocho de la mañana, hora a la que partió en el taxi alquilado en Richardville con dirección a Robertdale.

Las facciones de Faselli se cubrieron de finas gotitas de sudor.

—Imagino quiénes son las dos personas que respaldan la declaración de ese asesino.

¿Se trata de Joey Pharafern y de su hija Helene? —quiso saber.

Tyrrell asintió, muy sorprendido.

—En efecto, esos son los testigos que apoyan la declaración de tu socio. Pero sigamos con los hechos que han tenido lugar esta mañana. Después de tomar nota de la declaración de McKelltom, puse a dos hombres tras él para que vigilaran todos sus pasos. Enseguida telefoneé a Richardville y pedí al jefe Travis que enviase a sus agentes judiciales a Saguaro Wells, con el fin de comprobar la coartada de McKelltom. Dos horas más tarde, me llamaban desde Richardville: una declaración firmada por Joey y Helene Pharafern apoyaba el testimonio de Bob McKelltom. Padre e hija afirmaban que tu socio había permanecido en el motel desde las diez de la noche de aquella fecha, hasta las ocho de la mañana del día siguiente.

—Pero...

—El jefe de policía Travis me hizo algunos comentarios al margen de la declaración de los Pharafern. Al parecer, Helene se había tomado a chunga el interrogatorio de los policías judiciales de Richardville. «¿Cómo no voy a estar segura de que pasó la noche aquí... si McKelltom durmió en mi propia cama! Yo estaba con él», aseguró.

Faselli tembló.

—¡Falso, es falso! —se agitó—. Joey Pharafern no es sino un avaro que firmaría lo que fuera a cambio de un buen puñado de dólares. En cuanto a su hija... Vi cómo se comía a Bob con la mirada. ¡Sólo es una zorra, una hembra rijosa y ardiente!

Tyrrell no hizo ningún comentario.

Faselli respiraba profundamente, alterado el semblante, temblorosos los labios de impotencia.

Al cabo, alzó la mirada y clavó sus ojos en los del policía.

—En tal caso... ¿hemos de admitir que he soñado todas las peripecias que sufrí en el desierto por culpa de Bob McKelltom? ¿Es un espejismo que Joyce fuera asaltada en nuestro domicilio, que un salvaje la atacara y la...?

No llegó a pronunciar la palabra *violada*, pero tampoco era necesario.

Jack Tyrrell se sentía muy violento en la presencia de aquel hombre al que conocía y respetaba desde largos años atrás.

Le hubiera gustado callar lo que tenía que decir, pero finalmente se decidió hablar con toda claridad, aunque sabía que sus palabras harían daño a Faselli.

—Volví a entrevistarme con McKelltom. Y le hice exactamente las mismas observaciones que tú acabas de hacerme, Jim.

—¿Qué respondió?

—Adoptó una actitud reservada, al principio. Me dio a entender que no quería perjudicarte con sus declaraciones. Pero yo insistí para que dijese lo que tuviera que decir. Y finalmente habló.

—¿Qué habló? —Faselli parecía ahora vivamente interesado. Tyrrell carraspeó.

—Dijo que últimamente te notaba un poco raro. Que parecías disgustado con el hecho de que tu esposa fuera una mujer débil y vulnerable y que, en alguna ocasión, habías apuntado la posibilidad de divorciarte de Joyce.

—Pero eso... ¡eso es inaudito! —se alteró Faselli—, Todo el mundo sabe que yo adoro a mi esposa, que daría por ello todo lo que tengo. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo es posible que Bob sea capaz de elucubrar tales falsedades?

El policía añadió, imperturbable:

—Dijo muchas cosas más. Por ejemplo, que en Richardville se te iban los ojos detrás de las jóvenes muchachas morenas que asistían al rodeo. Que te habías empeñado en montar un «bronco» peligroso sólo por impresionar favorable mente a una chica mexicana que te había sonreído y con la que te fugaste después, dejando abandonado a tu socio en Richardville.

Faselli se mesó desesperadamente los cabellos con su mano

izquierda.

—¡Mentira, mentira! —gritó—. Fue él, precisamente él, quien me abandonó, quien me empujó a montar aquel potro salvaje, quien me olvidó completamente cuando el doctor Terrado trataba de recomponerme los huesos en el hospital... Por otra parte, ¿qué objeto tendría fugarme con una chica... con este aspecto?

Alzaba patéticamente su brazo escayolado y mostraba con esfuerzo su pierna derecha rota.

Pero Tyrrell dijo:

—Yo no creo lo que McKelltom me dijo. Me limito a repetir sus palabras. Cuando le pregunté quién creía él que era el tipo que asaltó a Joyce, McKelltom respondió sin pestañear: «Tuvo que ser Faselli. Él quería deshacerse de su débil y delicada Joyce, pero también quería deshacerse de mí, porque yo había conseguido levantar el negocio y eso hería profundamente su amor propio. Fue él quien penetró clandestinamente en su propia casa. No sé si violó o no a su mujer, pero es evidente que la torturó de tal forma, que Joyce sufrió un ataque cardíaco grave. Jim conocía la enfermedad de su esposa. Bastaba con disgustarla, para que Joyce sufriera un ataque irreversible. ¿No viene a ser una prueba que ella esté ahora luchando entre la vida y la muerte?». Esas fueron exactamente sus palabras.

—¡Qué canalla! Sólo a un ser tan retorcido como a él podían ocurrírsele tales argumentos —Faselli miró fijamente a Tyrrell, con patente ansiedad—. Mírame bien, Jack:

¿Crees que yo sería capaz de hacer algo semejante?

El policía hizo un esfuerzo para soportar la intensa mirada de Faselli. Finalmente, declaró:

—No, no lo creo. Te conozco bien y sé que eres una persona honrada. Por otra parte, y aunque estoy convencido moralmente de la culpabilidad de Bob McKelltom, no dispongo de pruebas para incriminarle, para llevarle ante el juez. Créeme, Jim: son las circunstancias las que atan mis manos.

Oyéndole hablar así, Faselli se dejó recostar sobre el almohadón y cayó en un profundo abatimiento.

Tyrrell incrustó el filtro de su cigarrillo en el mantillo húmedo de la pequeña maceta que adornaba la mesa junto al lecho y reflexionó.

De pronto se le ocurrió aquella idea y trató de animar a Faselli.

—Escucha, Jim: tu esposa permanece inconsciente aún, pero es posible que vuelva en sí. Entonces, Joyce podrá hacer una declaración, acusar al hombre que la asaltó. Entonces tendré las manos libres —dijo.

Jim abrió lentamente los ojos.

—Sí —murmuró desesperado— Pero ¿y si Joyce muere sin declarar lo que ocurrió? Ante aquella pregunta, Jack Tyrrell no supo qué

responder.

Capítulo X

—TE lo ruego —insistió una vez más Faselli ante el doctor Bogart.

—Compréndelo, Jim: para ti será un sufrimiento inútil. Joyce está en coma. Por ahora, sus constantes vitales mínimas permanecen. Vive... pero está inconsciente —arguyó Harold Bogart—. Si accedo a que la visites, ¿qué es lo que conseguirás? Verás a un ser inmóvil, inexpressivo, incapaz de escuchar tus palabras, de escuchar tus frases de consuelo y de ánimo. Sufrirás.

Faselli asintió con un ademán amargo. Pero tornó a insistir, tenaz.

—No sé si lo comprenderás, Harold, pero estoy habituado a sufrir, últimamente. Sé que será un trago muy amargo para mí. A pesar de lo cual, necesito verla.

El doctor Bogart reflexionó un instante. Y luego se decidió:

—De acuerdo. Enviaré a un enfermero. Y se despidió.

Poco después, Faselli era trasladado en una silla de ruedas a la Unidad de Cardiología.

El enfermero empujó la silla rodante al interior de la habitación en la que permanecía la señora Faselli y acercó a Jim al lecho, pero no abandonó la habitación.

Joyce permanecía absolutamente inmóvil, como muerta. A la luz cernida que penetraba a través de los visillos de la ventana, Jim contempló con ansiedad y ternura a la mujer que amaba.

Parecía muerta. Sus cabellos rubios aparecían desparramados sobre el almohadón y enmarcaban un rostro cerúleo e inexpressivo.

Había conductos y cables por todas partes. Unos unían el gotero con las venas de Joyce; los otros correspondían al cardiómetro que vigilaba el débil ritmo del corazón de la señora Faselli.

Jim elevó una mano y acarició suavemente la de su esposa.

—Joyce! —murmuró.

Pero no hubo ni un leve estremecimiento en la epidermis de la mujer dormida.

—Joyce, Joyce, querida mía —repitió Jim. Y tampoco hubo respuesta.

De todas formas, Faselli siguió allí, acariciando la mano tibia de su esposa —única señal de vida— y murmurando a su oído entrañables palabras de amor.

Luego el hombre rompió a llorar mansamente, sin aspavientos. Hasta que el enfermero dijo:

—Será mejor que le devuelva a su habitación, señor Faselli.

Y tiró de la silla, le sacó al pasillo e hizo una seña a la enfermera que aguardaba allí, la cual penetró enseguida en la habitación de Joyce.

Jim permitió pasivamente que el enfermero le tomara en brazos y le depositara sobre el lecho.

Cuando quedó solo, las lágrimas brotaron de nuevo, abundantes.

—No volverá, nunca volverá. Joyce está muerta en vida

—pensaba.

Se sentía al borde de la desesperación.

—Lo más sensato sería terminar ahora —le llegó la tentación aquella noche, cuando el hospital quedó en silencio—. Si no he de recuperar a Joyce, ¿para qué quiero vivir?

Incluso llegó a tomar de la mesilla el tubo de barbitúricos que el médico traumatólogo había dejado a su disposición, como remedio a los peores momentos de tensión.

Era un sedante muy fuerte, demasiado. Jim apenas había tragado un par de comprimidos.

Le bastaría ingerir los dieciocho restantes para pasar de la vida a la muerte en un suspiro...

Pero cuando parecía ya dispuesto a dar aquel decisivo paso, oyó un rumor en el exterior y guardó apresuradamente el tubo en el cajón de la mesilla de noche.

No volvió a intentarlo, pero a partir de allí cayó en el pozo sin fondo de la depresión.

Janice vino a verle el día siguiente y se asustó al comprobar el estado de abatimiento e indiferencia de su cuñado.

—Tienes que reaccionar, Jim. Es preciso que lo hagas —suplicó. Pero Jim no se conmovió ante sus ruegos.

—Quiero hablarte de Bob McKelltom —insistió Jan, con la única intención de obligarle a reaccionar.

Faselli no demostró el menor interés.

—¡Es inconcebible! —exclamó Jan—. Tu socio sigue paseándose por Robertdale con la mayor desvergüenza. Incluso... incluso acude a la fábrica, organiza los trabajos, firma presupuestos y cobra facturas. Para ese canalla, todo sigue igual, como si nada hubiera ocurrido.

Jim pestañeó levemente, pero no hizo ningún comentario.

Janice abandonó la habitación muy preocupada. Tanto que decidió visitar al jefe del Departamento de Psiquiatría del hospital.

Expuso claramente sus preocupaciones al doctor Wylan, pero éste no le dio excesiva importancia al estado de abatimiento de Jim Faselli.

—Es una reacción normal —declaró—. Como todos los humanos, Jim Faselli posee unos mecanismos de defensa contra el tremendo trauma que se ha visto obligado a afrontar. Inconscientemente, se inhibe del dolor que esa negativa experiencia ha causado en él.

—Pero... ¿No puede hacer algo por mi cuñado? —preguntó Jan, impaciente.

—Mientras su esposa continúe en estado de coma, lo más aconsejable es permitir que Faselli siga revistiéndose con la coraza de la indiferencia —opinó el psiquiatra—. Estoy seguro de que su cuñado reaccionará si la señora Faselli supera el coma.

Janice no se marchó muy convencida, aunque admitía que el psiquiatra era la persona más adecuada para juzgar el problema.

Transcurrieron lentamente las semanas. Janice acudía al hospital diariamente. Dividía su tiempo libre en tres partes: una para visitar a su hermana, la segunda para entrevistarse con Jim y la tercera a Jack Tyrrell.

La visita a Joyce resultaba tan deprimente como la que hacía más tarde a su cuñado. Con Joyce, se trataba simplemente de ocupar una silla junto a la cama de la enferma, tomarle una mano y susurrarle al oído palabras cariñosas, en un inútil intento de arrancarle del sueño hondo de la inconsciencia.

Incansable, Janice se pasaba una hora junto a su hermana, ayudaba a la enfermera a lavarla y vestirla y cuando terminaba el tiempo, besaba la frente amarillenta de Joyce y se marchaba a la sección de Traumatología para pasar otra hora en compañía de Jim.

Con su cuñado, la entrevista no era mucho más atractiva. Deprimido hasta la indiferencia, Jim solía contestar con monosílabos a sus preguntas y jamás respondía a los comentarios que hacía Janice con la intención de animarlo.

En general, Jim sólo tenía una obsesión. En cada visita de Janice, solía preguntarle con ansiedad:

—¿Cuándo me librarán de estas escayolas?

Ya al anochecer, Janice se reunía con Jack Tyrrell.

—Es horrible —comentaba ella—. Pensar que han transcurrido casi dos meses y esta situación se prolonga hasta la exasperación... ¿Es que no puedes hacer algo, Jack?

Tyrrell no podía hacer nada.

—McKelltom sigue sometido a vigilancia constante, pero es suficientemente cauto para no dar un paso en falso. He logrado incluso que inspectores del Tesoro llevasen a cabo una inspección pericial en las cuentas de la empresa Faselli y McKelltom. Esperaba que Bob estaría aprovechándose de la ausencia de su socio para cometer irregularidades contables, pero el resultado ha sido negativo —respondió el policía—. Si

McKelltom hubiera dado un paso en falso, yo tendría motivos para detenerle. Una vez encerrado, un hombre puede venirse abajo moralmente. Quizá McKelltom hubiera confesado. Pero ya ves que todo ha sido inútil.

—Ya veo —comentó Janice, desganada.

—Por otra parte, mi jefe comienza a impacientarse. Opina que he llevado a cabo la investigación en dirección errónea, que McKelltom no es el hombre que asaltó y violó a la señora Faselli. Imagino que algo habrá tenido que ver la donación de tres mil dólares que McKelltom ha hecho al Fondo de Pensiones de Policías Jubilados. De todas formas, mi jefe me ha dado un ultimátum: vigilemos a Bob una semana más. Luego...

Jan se mordió los labios, nerviosa.

—Ahora comprendo mejor la actitud de Jim. No es ilógico volverse loco cuando uno se siente impotente y objeto de la mayor injusticia —dijo.

Pero Tyrrell sentía interés por un tema diferente.

—¿Y qué hay de lo nuestro, Jan? —preguntó, desviando la cuestión—. Tú sabes que te amo, que estoy deseando casarme contigo. Tengo treinta y cuatro años. Ya no soy un mozalbete. He llegado a hacerme ilusiones respecto a ti. Incluso he abrigado la esperanza de que tú sientes por mí algo más que amistad...

—Y estás en lo cierto, Jack. Ahora sé que te quiero, pero óyelo bien: no aceptaré ningún compromiso hasta que el caso esté solucionado. Compréndeme: ¿cómo podría entregarme al amor sabiendo que mi hermana permanece entre la vida y la muerte, cuando el criminal causante de la tragedia aún no ha sido desenmascarado? —arguyó la joven profesora.

Tyrrell apretó las mandíbulas, pero acabó concediendo:

—Tienes razón, Janice.

Una semana después, la vigilancia policial sobre Robert McKelltom era retirada.

Y a primeros de diciembre, Jim Faselli saltó sobre su lecho cuando una enfermera le anunció:

—Señor Faselli, tiene visita. Se trata de su socio, el señor McKelltom.

Un grito salvaje iba a brotar de su garganta. Un grito de indignación, de rabia, de incredulidad.

Pero la protesta no llegó a salir de sus labios, aunque la crispación de Faselli era evidente cuando un descarado Bob McKelltom penetró en su habitación, pronunció un desenvuelto «¿Cómo va eso, socio?» y acercando una silla tomó asiento a un metro de distancia del lecho.

Vestía un ostentoso traje nuevo a rayas, se había cortado los escasos cabellos a navaja vestía una corbata plateada muy llamativa y apeataba

a colonia.

Tenía un buen habano en los gruesos y crueles labios y daba todo el aspecto de un enérgico y próspero hombre de negocios.

—Ya sé —rió—. Te habrás estado preguntando por qué tu querido socio no venía a verte después de esos desgraciados sucesos, pero comprenderás que alguien tenía que ocuparse del negocio. Y puedes creerlo, lo he estado haciendo a conciencia.

Sonreía constantemente como si se encontrase en el mejor de los mundos, como si no existiese nada en el mundo que los separase.

Jim parpadeó, desorientado.

¿Estaría equivocado al acusar a McKelltom del asalto a su esposa? Bob parecía inocente, incluso ingenuo. Daba la impresión de poseer una energía exuberante, desbordante. También parecía, como siempre, excesivamente atolondrado, voluble e inconstante, pero no se advertía rastro de maldad —de criminalidad— en su conducta.

Sin embargo, la desorientación de Faselli se esfumó enseguida. Le bastó recordar el rostro transido por la furia y la violencia de Bob, allá en el desierto, en la desolada carretera, cuando le amenazó descaradamente, cuando estuvo a punto de aplastarle con el coche, aunque sólo una rueda magulló su mano izquierda. Le bastó recordar sus carcajadas enloquecidas y la expresión maligna de sus ojos, ansiosos de venganza, despidiendo chispitas de salvaje frustración.

Jim hinchó el pecho de aire y lo expulsó lentamente. Y preguntó, luego, con voz átona:

—¿A qué has venido?

Bob tornó a reír. La suya era una risa tan franca y espontánea que llegaba a engañar. Pero tras la fuerte carcajada estaba el brillo frío de sus ojos de cazador prehistórico.

—Te he traído algunas chucherías —respondió.

Y dejó un primoroso paquete sobre la mesilla, con su acostumbrado gesto ostentoso.

—Poca cosa —añadió, como sin darle importancia—. Un cartón de cigarrillos « Lucky ». Sin filtro, ¿eh? Y también unos dulces y una petaquita de whisky. Por si sientes la tentación de echarte un trago, pillín.

Y volvió a reír estruendosamente.

Jim alargó la mano izquierda —aquella en la que aún se advertían las blancas cicatrices de los rasguños profundos— y arrojó el paquete al suelo.

—Vete. Tú y yo no tenemos nada que hablar —dijo, mordiendo las palabras.

La risa se heló en los labios de Bob McKelltom. Pero sólo fue un segundo, porque enseguida apareció la sonrisa en sus labios gruesos.

—Eres como un niño —se burló, sin acritud—. Comprendo, socio. Entiendo que te sientes dolorido e impotente. Y yo soy el primero en lamentar el accidente que sufrió Joyce.

Jim apretó las mandíbulas y sus dientes crujieron.

—Vete —repitió, sombrío.

Pero McKelltom siguió sentado y fumando con toda desfachatez.

—Poco a poco, socio. Tenemos que hablar —alzaba ambas manos con actitud apaciguadora, mientras sostenía el cigarro mordido entre los dientes—. Yo me estoy rompiendo el alma para sacar adelante nuestra empresa y tú te encuentras tan cómodamente instalado aquí, sin dar golpe. Entendámonos: he tenido que pagar más de quince mil dólares de vuestros gastos del hospital, por lo que la liquidez de la empresa no es todo lo buena que fuera de desear, a pesar de que tengo magníficos negocios en ciernes.

—¿Qué pretendes? —entornó los ojos Faselli.

—Iré directamente al asunto: es preciso que aportes cincuenta mil dólares a la empresa si no quieres que todo se vaya al diablo —declaró Bob, descaradamente.

Jim no dijo nada. Se limitaba a mirar fijamente a su socio. McKelltom sacó un papel enrollado del bolsillo de su chaqueta.

—Aunque puedo proponerte otro arreglo: la firma de este documento —explicó—. He consultado con Ed Guriam, ya sabes, ese abogado de empresas, y él mismo ha redactado este documento. No temas, sólo se trata de que me dejes las manos libres.

—¿Sí? —murmuró Faselli, ácidamente—, ¿Dejarte las manos libres para que me estrangules, maldita sanguijuela?

Bob dejó escapar una carcajada estentórea.

—Bromeas, Jim. Lo que te propongo es sensato. Si firmas este documento, podré dirigir nuestra empresa eficazmente. ¡Escucha, escucha! Cinco presupuestos por valor global de un millón ochocientos mil dólares... ¡Escucha, escucha! Banner, O'Gloglow, Sanders, Lancaster y McLean. Gente de dinero, tú los conoces. ¿Beneficios? El sesenta y cinco por ciento del presupuesto, con gastos ínfimos de mano de obra y materiales... ¡Una bicoca! Dinero fácil de ganar para los dos. Y sólo hace falta que tú pongas tu firma al pie de este escrito.

McKelltom arrojó al aire una gran bocanada de humo.

—Reflexiona, socio —invocó con aire de gran responsabilidad—, ¿Sabes cuál es el sesenta y cinco por ciento de un millón ochocientos mil dólares? —hizo una pausa significativa, al tiempo que trataba de penetrar las inexpresivas facciones de Jim Faselli—.

¡Más de un millón! Es decir, que te corresponderían quinientos mil dólares con sólo firmar este papelito.

Y lo agitó desmañadamente en el aire. Faselli callaba.

Pero de pronto reaccionó. Movi6 el brazo derecho y dijo:

—Déjame ver.

McKelltom se aproximó presuroso. Incluso se dejó caer de rodillas al pie del lecho.

—¡Lee, lee, comprobarás que es cierto cuanto te digo! —exclamó, ansioso.

Sin prisas, Faselli tomó el documento en su mano izquierda. Leyó pausadamente sin mover los labios. Reflexionó unos segundos y, finalmente, decidió:

—Firmaré. Veo que es un buen negocio. Al parecer, empezareis la obra por el New Lancaster Building...

McKelltom se puso fogosamente en pie.

—¡Sí! —jadeó—. John Luis Lancaster ha depositado cien mil dólares, a condición, en el First National Bank; es, pues, el cliente que más nos conviene. Empezaremos con él.

—Déjame el bolígrafo —demandó Faselli.

—La pluma —puntualizó su socio—. La tinta de mi Parker es más indeleble.

Jim leyó el contrato de un vistazo. Una autorización, simplemente. Sin dudar, rasgó la punta de acero sobre el papel y dejó nítidamente estampado su nombre: *James Faselli*.

McKelltom le arrebató el documento de un zarpazo. Y volvió a reír. Reía interminablemente.

—Querido Jim ahora todo está en orden —exclamó, incapaz de disimular su satisfacción—. Creo que éste es el momento cumbre de nuestra relación.

Miró ávidamente a Jim Faselli. Quizá esperaba verle postrado, humillado, incapaz de reaccionar. Pero le sorprendió el brillo de los ojos de su socio, la energía que emanaba el rictus enérgico de sus mandíbulas apretadas.

—Vete ahora, Bob. Según tú, todo está arreglado —susurró con voz queda, pero enérgica.

McKelltom estalló en una nueva risotada. Miró a su socio con una mezcla de compasión y lástima, se guardó apresuradamente el documento en el bolsillo interior de su pretenciosa chaqueta a rayas, incrustó en el mantillo de la maceta su caro cigarro habano y dejó escapar una risita por la comisura izquierda de sus labios.

Desde la puerta, McKelltom dirigió una mirada despectiva a Faselli. Luego, sus ojos se helaron al contemplar el vistoso paquete que había traído a Jim —lastimosamente destripado en el suelo.

Pero se enderezó la plateada corbata de un manotazo, sonrió nuevamente y dijo:

—Tienes razón, socio: acabamos de arreglar las cosas. Y se marchó.

Capítulo XI

ERA un sábado, nueve de diciembre. Janice llegó al hospital a la una del mediodía. Cuando llegó a recepción y presentó su pase, la empleada le dijo:

—Suba a la planta catorce. El doctor Bogart ha preguntado insistentemente por usted. Dio las gracias y se dirigió a paso vivo hacia la planta de ascensores.

Sabía muy bien dónde estaba el despacho de Harold Bogart. Debían estar esperándola, porque antes de que golpease la puerta correspondiente, una joven enfermera le abrió.

—Adelante.

Luego... En cuanto vio el rostro transido de Harold Bogart, comprendió que algo iba mal. ¿O bien? Las facciones del joven cardiólogo denotaban agitación interior, pero ¿cómo interpretar aquel rictus de ansiedad? ¿Una buena... mala noticia?

—¿Joyce? —pregunto Jan, olvidando la fórmula elemental del saludo. Bogart asintió con un trémulo movimiento de cabeza.

—Joyce, en efecto. Comienza a reaccionar —respondió el cardiólogo—. Hay una sobreactividad interna desde las primeras horas de esta mañana. Ha abierto los ojos e incluso comenzó a murmurar algo, aunque de forma ininteligible. A pesar de lo cual, yo pude escuchar claramente una palabra: *Ji... J-I... J-I-m*; Oí cómo pronunciaba el nombre de su esposo.

El semblante de Janice se transfiguró. De la preocupación intensa, pasó en unas décimas de segundo a una fase de relajamiento y claro alborozo interior.

—¿Es cierto, es cierto? ¿Puedo ver a mi hermana? —exclamó, impetuosamente,

Bogart parecía muy cansado, pero se irguió de su sillón y le puso suavemente ambas manos sobre los hombros.

—Aún no, Jan. Joyce está en la primera etapa de recuperación. Ha tomado un zumo de frutas, ha mirado alrededor con interés... Sólo son señales, por ahora. Pero estoy seguro de que se recuperará. Por desgracia...

—¿Qué?

Al comprobar cómo Janice se erguía, tensando todos sus músculos,

Harold Bogart sintió compasión y simpatía por aquella joven que habla sacrificado durante tres meses sus horas de descanso para dedicárselas a su hermana y a su cuñado.

—Tengo que decírtelo, Jan: Joyce comenzó a dar señales de vida a la misma hora en que Jim Faselli se fugaba del hospital — confesó el cardiólogo.

—¿Jim se ha... fugado? —preguntó Jan, temblorosa.

—Sí. Descubrieron la fuga en el relevo de las ocho de la mañana, precisamente a la hora en que Joyce volvió en sí. No sabemos si Jim consiguió escapar a esa hora o se marchó de madrugada —explicó el doctor Bogart—. La enfermera dice que anoche, Jim hizo algunas llamadas telefónicas. No había utilizado el teléfono de su habitación hasta ayer. Dio muestras de una gran vivacidad e incluso pidió un par de cervezas y fumó medio paquete de cigarrillos, todo lo cual hemos comprobado esta mañana. Ayer pidió unas tijeras a la enfermera, bajo el pretexto de entretenerse haciendo unos recortables. La verdad es que utilizó las tijeras, con muchas paciencia y voluntad, en romper las escayolas de su pierna y su brazo. Fue lo único que pudimos encontrar de él en su habitación. Faltaban sus ropas, sus documentos, todo. Y temo que Jim...

Janice suspiró.

—Sé cuál es el motivo que le ha impulsado a escapar. Déjenme utilizar el teléfono, por favor. ¡Ojalá no lleguemos demasiado tarde...! —exclamó.

* * *

Había reflexionado largamente sobre aquel asunto. Miles de veces se había reprochado el impulso que le obligó a formar parte de la Asociación de los Amigos de los Presos.

Recordaba cada momento de aquellas vivencias y, en especial, aquella ocasión en que un presidiario llamado Robert McKelltom se habla arrojado de rodillas a sus pies, suplicándole ayuda, «¡Por favor, por favor, señor Faselli: sáqueme de aquí!»

Durante aquellos meses de forzada inactividad, Jim había pensado mucho. Reconstruyó, segundo a segundo, todas las peripecias —aquel largo viacrucis— sufridas desde el momento en que decidiera emprender viaje a Richardville para negociar un trabajo ventajoso.

Recordó que Bob le había empujado fogosamente a hacer aquel viaje, y llegó a conclusión de que su socio tenía ya un plan preestablecido para eliminarle, para vengar en Jim todas las amarguras y complejos de su infancia desdichada.

—Nunca debí avalarle a él, ni a los otros presos, a los cuales libré de

unos cuantos años de prisión —se reprochaba a sí mismo, en la soledad de su habitación de la Sección de Traumatología.

Pero pensó y pensó. Reflexionó y vaciló largamente. Y recordó, por ejemplo, a Cliff García, un chicano de cuarenta años al que Jim había logrado sacar de la cárcel en libertad condicional. Cliff había trabajado en su empresa desde unos meses antes que McKelltom. Y Jim lo reconocía ahora, el chicano había trabajado como un negro, humildemente, dando de sí todo lo que podía y sin levantar la voz jamás. Por el contrario, siempre se mostró agradecido y leal.

A Jim Faselli le había costado mucho romper las escayolas con una tijera de cortar cartulina. Toda la madrugada se pasó manejando la tijera, pero antes de venir el día estaba libre.

Al dar los primeros pasos se tambaleó. Pero se sujetó a la cama, dio algunos pasos y respiró hondamente, consciente de que tenía que cumplir una misión ineludible: *matar a Bob McKelltom...*

En aquel momento, Jim fue egoísta. Y se lo confesaba ahora mismo, cuando a las ocho y media de la mañana viajaba en un taxi camino de la nueva zona comercial de Robert— dale, allá precisamente donde se alzaba el New Lancaster Building, un pequeño rascacielos de veintidós pisos.

—Egoísta, sí. Porque ¿qué será de Joyce? —se preguntó—. No basta esa póliza de seguro de vida por un millón de dólares. ¿Para qué quiere Joyce un millón de dólares si... jamás será capaz de gastarlo?

En aquel momento, se sentía plenamente dominado por la decisión. Una decisión desesperada, sí; pero enérgica y bien elaborada decisión: *matar a Bob McKelltom.*

Se había bajado del taxi a las ocho de la mañana para tomar su carabina repetidora de alto calibre. El arma estaba en el asiento, desmontada y guardada en un precioso maletín de poco más de medio metro de longitud. Dentro estaba los cartuchos de caza mayor, con carga de 345 *grains*, suficientes para aniquilar a un elefante o a un rinoceronte. Balas explosivas... que jamás había utilizado, pero que pensaba usar para abatir para siempre a Bob McKelltom.

Por eso había firmado aquella autorización: porque sabía que aquella mañana se iniciaría el trabajo de cerramiento en aluminio anodizado de las terrazas superiores del New Lancaster Building. Había llamado la noche anterior a Cliff García y ahora sabía todo lo que tenía que saber: Bob estaría en las terrazas del edificio supervisando el trabajo. Cliff también estaría.

Verdaderamente, Jim Faselli no pensaba complicar a nadie. Le bastaría con tener a tiro a Bob y disparar un par de veces. Después... lo que Dios quisiera.

Y ya estaba allí. Había unas hormigoneras pavimentando una calle

nueva, se oían los chirridos de unas grúas-pluma y se veían algunos obreros vestidos con el traje de agua amarillo eléctrico.

El taxi se alejó. Jim caminó aprisa hacia el edificio con su maletín en la mano, se introdujo en el vestíbulo y fue hacia el montacargas. Dos minutos después estaba en las terrazas. Miró a través de los cristales y vio a McKelltom, a Cliff y a los hombres de la cuadrilla, todos conocidos.

Salió a la terraza. Estaba empezando a llover. Detrás de una de las chimeneas de aireación, sacó el maletín, abrió, montó cuidadosamente la repetidora, introdujo hasta siete cartuchos de 345 *grains*...

Bob estaba vociferando a cierta distancia. Mascullaba palabrotas, blasfemias, insultos... Lo suyo.

Aún barbotaba groserías intraducibles cuando vio a Faselli. Y enmudeció.

Los obreros que cortaban el metal y ajustaban las vidrieras se detuvieron también. Algunos miraron a Faselli con sorpresa primero, con admiración después.

McKelltom, envarado, había perdido el color.

—¡Me cago en la...! ¿Qué coño haces tú aquí, Jim? —gritó con falsa firmeza, después. Faselli dirigió una mirada a su alrededor. Y dijo:

—Mal, muy mal —se rascó la barbilla sin nervios—. Un pequeño huracán arrancaría esas vidrieras fácilmente—. Muy mal, Bob. Definitivamente, no has aprendido el oficio.

McKelltom maldijo entre dientes. Detrás de él se encontraba Cliff García.

—No es la temporada de caza del pichón —gruñó Bob, malhumorado... Y caminó hacia Jim.

Restalló la detonación y la bala dum-dum arrancó una gruesa esquirla de losa de entre sus pies. McKelltom respingó, asustado.

—He venido a matarte —declaró Faselli.

Ocurrió algo increíble: súbitamente, Bob rompió a gemir y se arrojó al suelo de bruces. Golpeaba con fuerza el pavimento de la terraza y sollozaba:

—¡No, por favor, Jim! ¡No quiero morir, no puedo morir! ¡Yo quiero vivir!

Estupefacto, Faselli vio cómo McKelltom se arrastraba sobre el húmedo pavimento. El cañón de la carabina de Jim le siguió, pero el dedo índice de Faselli se aflojó sobre el gatillo.

Y luego, de repente, el grito de Cliff García:

—¡Cuidado, señor Faselli! ¡McKelltom tiene un revólver!

La quemazón en el costado, la herida ardiente, aquella sensación de flotar en el aire, la caída brusca sobre el pavimento, los gritos que se deformaban en su oído, el instintivo ademán de llevarse una mano al costado y retirarla —nuevamente— manchada de su propia sangre. Y un

nuevo grito, alucinante. Un grito agónico.

Alguien le refrescaba las sienes con un pañuelo húmedo, frío, casi helado. A pesar de lo cual el contacto era agradable, vivificante.

—Arriba, señor Faselli.

—No tema. Ya no hay peligro.

Luego apareció ante sus ojos Jack Tyrrell.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, cuando le arrastraban hacia el montacargas.

—Después de dispararte, McKelltom intentó huir. Saltó por encima de la balastrada creyendo que la siguiente terraza sólo estaba cuatro metros más abajo. Pero se ha estrellado contra el pavimento, veintidós pisos más abajo —le explicó el policía—. Bueno, ésa es la versión de Cliff García y los hombres de tu empresa. Yo llegué demasiado tarde para verlo con mis propios ojos. ¿Quieres que te diga la verdad? No me extrañaría nada que tus empleados se hubieran tomado la justicia por su mano. Y no pienso romperme la cabeza pensando en ello. Al fin y al cabo, Bob McKelltom se lo merecía.

Después de escuchar esto, Faselli se desvaneció. Su chaqueta estaba empapada en sangre.

FINAL

AL atardecer, Joyce abrió lentamente sus violáceos párpados. Al principio no reconoció a Jim, pero luego, poco a poco, su visión se afinó. Y de forma impulsiva se abrazó a su esposo.

—¡Jim, Jim, amor mío!

Bogart sonreía, Janice hipaba quedamente, Tyrrell encendía nerviosamente un cigarrillo... que apagó enseguida.

Joyce y Jim cuchicheaban. Nadie pudo oírlos, pero ellos sí se entendieron.

—Joyce, ¿qué sucedió?

—Nada. McKelltom era un títere, simplemente. Se arrojó sobre mí como una bestia, destrozó mi vestido a zarpazos, pero cuando quiso consumir su salvajada... le falló todo. Se sintió impotente, ¿comprendes? Comenzó a insultarme y a insultarse, porque no poseía virilidad para hacer lo que se había propuesto. Mi corazón falló entonces, Jim. Pero yo estoy segura de lo que digo. Una mujer nunca se engaña a sí misma.

Faselli la oprimió con fuerza, hundió el rostro en su regazo y murmuró unas palabras quedas que nadie —excepto Joyce, quizá— pudo entender. Luego, se separó de su esposa, miró a las personas que se encontraban en la habitación y preguntó:

—¿Podría invitaros a cenar en Navidad? Todos respondieron afirmativamente.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España